

ÁN.

RAFAEL LOPEZ DE HARO

ENTRE DESCONOCIDOS

COMEDIA EN TRES ACTOS

ENTRE DESCONOCIDOS



RAFAEL LOPEZ DE HARO

RAFAEL LOPEZ DE HARO

ENTRE DESCONOCIDOS

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el teatro Calderón, de Madrid, el día 26 de enero de 1928.



LA FARSA

AÑO II ◙ 28 DE ENERO DE 1928 ◙ NUM. 21

MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PILAR (45 años)...............	Rosario Pino. (1)
NATALIA 21 íd.).............	María Guerrero López.
CLARA (28 íd.)................	Joaquina Almarche.
UNA DONCELLA............	María Larra.
MARIANO (28 íd.)......	Fernando Díaz de Mendoza Guerrero.
JOAQUIN (50 íd.)......	Fernando Díaz de Mendoza.
GABRIEL (ídem íd.)..........	Ricardo Juste.
PEPE (24 íd.)..................	Juan Beringola.
OSCAR (25 íd.).........	Carlos Díaz de Mendoza.
PABLO (35 íd.)...............	José Capilla.
JULIAN (Criado).............	Angel Ortega.

En Bilbao.—Epoca actual.

(1) Esta comedia fué estrenada en el Teatro Municipal de Lima el 10 de septiemb de 1927 y después en varias capitales de América, figurando como primer nombre, e el reparto, el de doña María Guerrero, gloria de la escena española.



"Hall" muy moderno de un "chalet", en Algorta. Al fondo, ventanales y la puerta principal. Forillos de jardín y de vestíbulo. A la derecha, escalera voladiza, sobre el "hall". En el lienzo de la izquierda, dos puertas, primera y segunda izquierda. Moblaje y decorado arbitrarios, de una pretenciosa novedad, sin ser, ni mucho menos, de mal gusto. En lugar conveniente un aparato telefónico de sobremesa, instalado. Iluminan la escena, por de pronto, los resplandores de la puesta del sol, de manera que el público ve las figuras a contraluz.

(Sola la escena al subir el telón, salen por el foro disputando MARIANC *y el criado* JULIÁN.)

MARIANO. *(Que ha ganado la puerta resueltamente.)*—Lo que usted quiera, hombre, lo que usted quiera... Pero yo necesito hablar cuanto antes con el señor Vergara y mi necesidad está por encima de todo.

JULIÁN.—¡El señor Vergara no está en casa, señor! ¿Cómo se lo voy a decir? ¡No está en casa! ¿Más claro? *(Mariano se está quitando el gabán sin hacerle caso.)* Vaya usted al escritorio. Allí recibe a todo el mundo. Para marchantes y comisionistas tiene horas especiales.

MARIANO.—Del escritorio vengo y de la joyería. En ambas partes me han dicho que el señor Vergara se había marchado diciendo que venía a su casa.

JULIÁN.—Pues aquí no ha llegado.

MARIANO.—Desde Bilbao a Algorta no se lo habrá tragado la tierra.

JULIÁN.—Desde Bilbao a Algorta se puede venir en unos mi-nutos... o en unas horas, según los rodeos que se den.

MARIANO.—Corriente. Pues esperaré. *(Alargándole el gabá[n] y el sombrero.)* Póngame eso por ahí.

JULIÁN. *(Rehusando.)*—No le puedo permitir al señor qu[e] espere. La consigna es que aquí no se reciben visitas de ne-gocios.

MARIANO.—¿De quién es esa orden? De la señora. O, má[s] probablemente, de la señorita Natalia, ¿no?

JULIÁN.—No le debo explicaciones al señor. Hágame el fa-vor de salir.

MARIANO.—No salgo. Y a la fuerza no intentará usted lan-zarme.

JULIÁN. *(Levantando la voz.)*—El señor me obligará a per-derle el respeto. *(Sale a escena* NATALIA *por segunda iz-quierda.)*

NATALIA.—¿Qué es eso, Julián? Retírese. *(Con cordialidad.)* Bien venido, Noreda.

MARIANO.—Felizmente hallada, Natalia. Y perdóneme que haya quebrantado la consigna.

JULIÁN.—Podía haberme advertido el señor que era visita de las señoras.

MARIANO.—Usted tenía razón, porque mi visita es visita de negocios. *(Dándole el sombrero y el gabán.)* Póngame por ahí eso... y no me guarde rencor.

JULIÁN. *(Tomando las prendas.)*—Es mi deber. *(Mutis.)*

NATALIA.—Nuevo en casa este criado, no le conocía a usted; pero si pregunta por mí o por mi madre le hubiese anunciado en seguida.

MARIANO.—No las quería importunar a ustedes. Desde la calle las he visto en el jardín con otras personas...

NATALIA.—Mi hermana Clara. Y de fuera de la familia, únicamente Oscar Robert.

MARIANO.—Oscar Robert. Sí; él me había parecido. ¿Es ya su novio Oscar Robert?

NATALIA. *(Se ríe.)*—¡Vaya una pregunta a quemarropa!... No es mi novio, no.

MARIANO.—Admiro la constancia de Oscar Robert. Verdad es que lo que mucho vale mucho cuesta.

NATALIA.—Gracias. Y bien: ¿vamos al jardín? Le ofrezco una taza de te.

MARIANO.—No, no. Excúseme.

NATALIA. *(Con cierta coquetería.)*—Nunca fué santo de su devoción Oscar Robert.

MARIANO. *(Con desdén que desconcierta a Natalia.)*—Para mí se trata de una persona insignificante. Lo puede usted creer.

NATALIA. *(Por decir algo.)* ¿Ha llegado usted hoy?

MARIANO.—Estoy en Bilbao desde hace cosa de una hora: lo que tardé en mudarme de ropa y en buscar a su padre de usted en el escritorio, en la tienda *(A un gesto de ella.)*, en el establecimiento, en el Centro y luego aquí.

NATALIA.—Viaje comercial.

MARIANO.—Comercial. Desde que además de las joyas traficamos en antigüedades raras, es necesario viajar mucho. Ahora probablemente seguiré en París si se trata, como sospecho, de unos tapices que dicen proceder de la corona rusa. *(Con intención.)* A no ser por una cosa así, yo no pensaba venir a Bilbao por ahora. *(A un gesto de ella.)* Está usted impaciente. No me tenga la visita. Vaya al jardín.

NATALIA.—Se equivoca usted, y la prueba es que voy a hacerle un poco de compañía. *(Se sienta.)*

MARIANO. *(Aceptando sin agradecer.)*—Soy tan mal conversador, tan poco ameno... Ya ve, he empezado a hablar de negocios olvidando que aquí está prohibido, y que a usted particularmente la encocora el tema.

NATALIA.—En cambio para usted, fuera de los negocios nada existe.

MARIANO.—No he dicho nunca eso.

NATALIA.—¿Cómo que no? A mí misma. Este verano me quiso usted dar una lección. Fué en San Sebastián, en Monte Igueldo. Me acompañaba usted dando un paseo y hablamos. Entonces le pareció a usted absurdo—yo bien entendí "censurable"—que la hija de un comerciante encontrase impropio de la ocasión, poco adecuado al momento, ese motivo de conversación. "Es—me dijo usted mirando al mar—como si un pez menospreciase el agua." Por cierto que desde aquella tarde no nos habíamos vuelto a ver. Al día siguiente había usted desaparecido.

MARIANO. *(Mintiendo.)*—Me hizo partir una carta de nuestro corresponsal en Viena.

NATALIA.—Sin despedirse.

MARIANO.—No recordaba ese detalle. Perdóneme usted.

NATALIA.—Y lo sentí, porque me quedaron por decirle algunas cosas.

MARIANO.—¡Ah, sí! ¿Las recuerda?...

NATALIA.—Las recuerdo, sí. Quería haberle dicho que, en efecto, los negocios, la... riqueza, lo son casi todo en la vida,

pero no todo, y que mostrándole un espíritu metalizado, positivista..., práctico, difícilmente llegaría a usted a interesar a ninguna mujer.

Mariano.—Ya había advertido yo eso; pero soy así.

Natalia.—¡Qué lástima! *(Poniendo fin a la entrevista.)* Puede suceder que mi padre tarde en llegar. Venga al jardín, si gusta. Se está allí mejor.

Mariano.—Mejor... usted sin duda.

Natalia.—¿Lo dice usted por la presencia de Oscar Robert?

Mariano.—Lo digo porque en el jardín no estaré yo.

Natalia. *(Después de dudar un poco, en tono serio.)*—Señor Noreda: al verle a usted en mi casa, vine a recibirle con el propósito de borrar el mal efecto de nuestra última conversación.

Mariano. *(Mintiendo.)*—¿Mal efecto? No podían causármelo unas muy respetables apreciaciones de usted. No le podía exigir que compartiese mis ideas.

Natalia.—Bien; pues tan amigos. Y ahora espere usted a mi padre. Hasta la vista. *(Mutis.)*

Mariano.—A los pies de... *(Queda en suspenso la frase, puesto que ella ya no la oye. Mariano mirará, se supone que viéndola alejarse. En seguida Mariano espanta una idea y va al teléfono resueltamente.)* Centro... Centro... *(Impaciente, nervioso.)* ¡Centro! ¡Ya! Diez veintiocho. Sí, sí... *(Pausa.)* ¿Es el escritorio del señor Vergara?... Con Noreda. ¿Está usted seguro de que el señor Vergara venía a su casa?... ¿Y no calcula usted dónde puede haber ido?... ¿Cómo? ¡Diga... diga! *(Por primera izquierda sale a escena* Gabriel, *a quien no ve Mariano.)* Pero... ¿todavía sigue eso?... Mande desde ahí un empleado... Aunque lo tenga prohibido... Sí, yo soy quien lo ordena; usted obedece y nada más. ¡Listo!

Gabriel. *(Haciendo girar una llave, con la que la escena se ilumina.)*—Es mejor verse bien las caras.

Mariano. *(Volviéndose.)*—¡Ah! ¿Es usted? Buenas tardes, mi general.

Gabriel.—¿Me conocía?

Mariano.—Le conocía; vamos, sabía quién es usted. Aunque usted no se tratase con su hermana ni con su cuñado, el señor Vergara, yo sabía quién es usted y le he visto en Madrid muchas veces, algunas detenido ante nuestros escaparates cuando exhibíamos porcelanas antiguas o miniaturas, a las que debe ser usted muy aficionado.

Gabriel.—Es posible. La fisonomía de usted no es completamente nueva para mí, la recuerdo...

MARIANO.—Soy Mariano Noreda, el socio de su cuñado de usted en el negocio de Madrid, que llevo yo.

GABRIEL.—Muy señor mío.

MARIANO.—Usted ha llegado antes.

GABRIEL. *(Que desconfía de Mariano.)*—Está a la vista.

MARIANO.—A mí me entregaron el telegrama cuando ya no tenía tiempo para tomar el tren y he venido en automóvil corriendo a velocidades temerarias

GABRIEL.—Como los que no llevan prisa.

MARIANO.—No reparaba en el riesgo. Hice bien. Encontrarle a usted aquí me confirma la importancia del caso.

GABRIEL.—¿Se la da mi presencia?

MARIANO.—Después de tantos años de enemistad con su cuñado, estar hoy usted en esta casa no será debido a una casualidad.

GABRIEL.—Hombre, alguna vez tenía que venir.

MARIANO. *(Al darse cuenta de que es sospechoso para Gabriel.)*—¡Naturalmente! Como yo. También tenía que venir alguna vez.

GABRIEL.—Según ha dicho le puso en camino un telegrama.

MARIANO.—Previniéndome que venía usted, me dije: ¿El va? Pues yo no soy menos. Y vine.

GABRIEL.—A velocidades temerarias.

MARIANO.—No quería que se anticipase usted mucho. Yo tengo aquí comprometidos mis intereses.

GABRIEL.—¡Caballero!...

MARIANO.—Por ahí podía usted haber empezado: por tratarme como a un caballero. *(Viene* PILAR *por segunda izquierda.)*

PILAR.—¿Dónde te metes, Gabriel? *(Al ver a Mariano.)* ¡Hola, Noreda! No sabía que estuviese usted en Bilbao.

MARIANO.—He llegado hace muy poco, señora. *(Besa la mano a Pilar.)*

PILAR.—No sabía que fuese usted a venir. Yo nunca sé nada. ¿Se conocen ustedes?

MARIANO.—Sí, nos hemos dado a conocer... y nos hemos entendido perfectamente.

GABRIEL.—Después de unas francas explicaciones.

MARIANO.—Mientras yo esperaba al señor Vergara. ¿Tardará mucho?

PILAR.—Yo no sé nada de nada, y de lo que mi marido pueda tardar, menos que de nada.

MARIANO.—Pues no espero más. Voy a buscarle. Si viene entretanto, usted me hará el favor de decirle que estoy en Bilbao y que volveré a escape. *(A Gabriel.)* Mi general: ningún cum-

plido falso por de pronto. Mentiríamos si nos ofreciésemos un amistad. Nos hemos sido recíprocamente antipáticos. *(A Pilar.)* A los pies de usted, señora. *(Mutis por el foro.)*

GABRIEL.—Pues mira, no me disgusta después de todo est hombre. ¿Qué tal sujeto es?

PILAR.—¿Noreda? Muy bueno. No es un dechado de cortesía, pero muy bueno. Mi marido le proteje porque es hijo d un antiguo orfebre que trabajaba para la casa. Al hijo lo tuv primero de dependiente, de viajante de compras luego y ahor creo que llevan los dos en sociedad el negocio de Madrid. E muy bueno Noreda, trabajador, trabajador... El pobre le hiz el amor este verano a mi hija Natalia.

GABRIEL.—¿Y ella?

PILAR.—No sé; creo que coqueteó un poco. Como con es Oscar que está en el jardín, también coquetea un poco. Hac bien. Yo se lo digo: "Haces bien, hija mía, los hombres sól son soportables mientras pretenden."

GABRIEL.—Por eso yo no pasé de ahí. En cuanto a Natalia el toque está en que acierte.

PILAR.—Acertará, no lo dudes; acertará.

GABRIEL.—Si piensas así en todo, tendrás pocos quebraderos de cabeza.

PILAR.—¡Ninguno! Duermo toda la noche de un tirón.

GABRIEL. *(Con cautela.)*—Los negocios de tu marido... ¿van bien?

PILAR.—¡Bien! ¡Como siempre! ¡Joaquín gana mucho dinero!

GABRIEL. *(Queriendo preparar la mala noticia.)*—Pues él me ha dicho a mí que sus negocios marchan mal... muy mal.

PILAR.—¡Bah! No lo creas. Los comerciantes, como los labradores, se quejan siempre. *(Burlándose.)* ¡Siempre dicen que están atravesando una crisis espantosa!...

GABRIEL. *(Que ve a su hermana a cien leguas de la realidad, queriendo ponerla en cuidado.)*—Ahora, en cuanto a tu marido, eso de la crisis... espantosa, espantosa, sí—¿para qué voy a ponerle atenuantes?—, es verdad.

PILAR. *(Obstinada en su incomprensión.)*—Lo habría yo notado. Joaquín no me ha limitado los gastos. Ni a mí..., ni a nuestros hijos..., ni a nadie. ¡No hay que pensar en eso! ¡Las antigüedades! Compra por uno trastos viejos, arcones, hierros, cuadros... y los vende por mil. Sin contar con que en sus talleres—guarda el secreto—se fabrican cosas del siglo XVIII ¡auténticas! No hay que pensar en malos tiempos. Mi marido es un gran comerciante. No, no tuviste razón para oponerte a

nuestra boda. Nuestro padre, que sabía lo que es sacar adelante una familia atenida a un sueldo, me aconsejaba mejor. No tuviste razón ni para llamarle a Joaquín mercachifle. ¡Un financiero es hoy!

GABRIEL.—¡Vaya, vaya... Pilar! Por ti no pasan años. Te encuentro como te dejé: ilusa... y simplona.

PILAR.—¡Simplona! ¡Vamos! ¡Qué cosas tienes!

GABRIEL.—Harías bien en no vivir tan confiada. El caso de comerciantes millonarios que se arruinan de pronto no es raro. Tienes tú y has educado a tus hijos en la idea de que van a ser ricos. ¿Y si quedáseis pobres?

PILAR. *(Casi vendiéndose en el arranque.)*—¿Pobres mis hijos? ¡Eso no! *(Volviendo a su tono de ilusa de antes.)* ¡Bah, bah!... ¡Su padre gana para ellos! ¡Qué manía de pensar mal! ¡No quiero!... *(Viene* JOAQUÍN *por el foro.)*

JOAQUÍN. *(A Gabriel.)*—Perdona si te hice esperar. Tenía que hacer muchas cosas. *(Se sienta.)*

PILAR.—¿Vienes cansado?

JOAQUÍN.—Sí, un poco.

PILAR.—¿Te sirven algo? ¿Unos "sandwis" y una copa de Oporto?

JOAQUÍN.—No, nada.

PILAR. *(Cariñosa.)*—Te encuentro abatido. ¿Te sientes mal, Joaquín?

JOAQUÍN.—No, estoy perfectamente. *(Ante la mirada ansiosa de ella.)* ¡Te lo aseguro, mujer!

PILAR.—¡Bueno, bueno; eso es lo mejor! ¿Has visto a Noreda?

JOAQUÍN.—¿Está aquí ya?

PILAR.—Aquí estuvo. Salió en tu busca y volverá al momento. Ya sabes que para él, tratándose del negocio, no hay hora. ¿Le dicen que no estás?

JOAQUÍN.—No; debo recibirle. *(A Gabriel.)* Antes es necesario que hablemos nosotros. *(A Pilar.)* ¿Quiéres dejarnos, mujer?

PILAR.—Si me dais una palabra...

GABRIEL.—¿Cuál?

PILAR.—La de no volver a reñir. Bastante duró el enojo. Ahora ya los tres somos viejos y debemos comprendernos unos a otros y transigir y estar muy unidos. El pasado se fué y el porvenir... ¡ya no es nuestro tampoco! ¡Adiós! *(Mutis por segunda izquierda.)*

GABRIEL. *(Después de asegurarse de que nadie les oye.)*—¿Qué?

JOAQUÍN.—¡Que estoy perdido!

GABRIEL.—¿La quiebra?

JOAQUÍN.—Inevitable. Ayer no atendí unos vencimientos de importancia. Hoy se han protestado. Los Bancos negaron crédito a mi firma, y mañana...

GABRIEL.—Pero... ¿cómo ha podido sucederte a ti eso?

JOAQUÍN.—¡Qué sé yo! No es hora de analizar las causas, sino de prevenir los efectos. *(Se verá que desea pasar por alto la cuestión.)* Nos acostumbramos a las enormes ganancias de los años de la gran guerra... No hemos sabido descender... ¡Lo que sea!... El caso es que a estas horas en todos los Centros mercantiles de Bilbao se habla de mi "crac", y que mañana... mañana... ¿Lo quieres creer? Me encuentro demasiado viejo para pegarme un tiro.

GABRIEL.—No pienses más que en ti.

JOAQUÍN.—Para pegarme un tiro, por no ver cómo se vuelven locos los demás. No están preparados para defenderse. ¡No me he cuidado de eso! Mi mujer... ¿has hablado con ella?

GABRIEL.—Con esa no hay que contar.

JOAQUÍN.—No tiene la menor idea del valor del dinero. Gasta sin tino. Sin darse ella cuenta, el dinero se le va de las manos. No vive en la realidad.

GABRIEL.—¡Claro! Si tú no le has hecho apreciarla...

JOAQUÍN.—¿Yo?... *(Temeroso.)* Con tal de no verla disgustada no le puse tasa nunca. Pocos hombres habrán comprado tan cara como yo la tranquilidad de su casa.

GABRIEL.—Eres consecuente con tu ideario. Poorque tú siempre pensaste que todo se arregla con el dinero.

JOAQUÍN.—Que nada se arregla sin dinero. No es lo mismo.

GABRIEL.—Bien. ¿Y cómo crees tú que reaccionará mi hermana al recibir el golpe? Es en ella en quien primero debemos pensar.

JOAQUÍN.—Tu hermana, permíteme que hable así, es una gran egoísta. Dentro de su aparente inconsciencia es una gran egoísta. ¡Mira si la conoceré después de veinticinco años de matrimoonio! A ella nada de preocupaciones, nada que la cbligue a pensar... Refinadamente egoísta. Te lo digo yo. *(Viene PEPE por la escalera.)*

PEPE.—Buenas tardes, papá. ¡Hola tío Gabriel!

GABRIEL.—¡Es un figurín!

PEPE. *(A Joaquín.)*—No me mires con cara de juez. Ya está arreglado lo de la multa por exceso de velocidad. La verdad es que pasé arreando. Por poco si me retiran el "carnet". Pero ya se arregló todo.

GABRIEL.—Oye, sobrino: tú... ¿no eres abogado?

PEPE.—Eso dice mi título. Yo no diría tanto. *(Con desdén.)* Por darle gusto a mi madre cogí y en dos boleos aprobé las asignaturas. Son fáciles.

GABRIEL.—¿Y piensas utilizar tu carrera?

PEPE.—¡No que no!... Ya qce la hice...

GABRIEL.—Pues la tendrás ahora que estudiar.

PEPE.—¿Ejercerla quieres decir? ¿Irme de juez o de registrador a un villorrio? ¿Meterme en una oficina? ¡No en mis días!... ¡Tonterías, no!

GABRIEL.—Entonces ¿a qué te piensas dedicar?

PEPE.—¡Caramba, tío! Permíteme que te diga que estás muy atrasado. Si la carrera no sirviese más que para eso, yo no me hubiese molestado. En cuanto a lo que pienso dedicarme... ¡Eso no se pregunta!

GABRIEL.—Hombre, ¿por qué?

PEPE.—Porque no lo sé yo mismo. El ideal sería no dedicarme a nada.

GABRIEL.—¡Es un caballero del ideal!

PEPE.—Habla por tu boca otra época. ¡La triste época del garbanzo y la cursilería! La fórmula de hoy es ésta: el máximo beneficio y el mínimo esfuerzo. Primera sociedad provechosa: ¡la conyugal!, y luego, más sociedades; pero en las otras, consejero uno. Buenos ingenieros, buenas empresas, buenos abogados asesores y uno ¡consejero!

GABRIEL.—¡Me subyugas!

PEPE.—Te parecen absurdas mis ideas porque los de tu generación no teníais del talento un concepto exacto. El talento le es dado, al que lo tiene, para que se procure el bienestar y se redima del trabajo. El hombre que no se redime del trabajo..., ¡a mí que no me digan!, haga lo que haga, no tiene talento.

JOAQUÍN. *(A Gabriel.)*—No es preciso oírle más. *(A Pepe.)* Déjanos, pero no salgas de casa. Te llamaremos oportunamente.

PEPE. *(Preocupado.)*—¿Es que vais a tratar de mí? ¡Me lo temía!... Bien; oiré respetuosamente lo que me digáis; pero os recuerdo que he cumplido la mayor edad..., y que a mí profesiones, no; salarios como a un obrero, no. ¡Yo tengo mi plan! A vuestras órdenes. *(Mutis por segunda izquierda.)*

JOAQUÍN.—¿Qué te ha parecido?

GABRIEL.—¿Qué me va a parecer? ¡Un botarate!

JOAQUÍN.—El otro "nuevo hombre" de la casa es mi yerno.

GABRIEL.—A ese ya le conozco. Hemos charlado y me ha expuesto su doctrina. ¡Tu yerno!...

JOAQUÍN.—Es un avaro.

GABRIEL.—¡Es un caníbal! ¿Conoces sus mandamientos? Dar... los buenos días; ayudar... a misa; recomendar... el alma; prestar... atención; enseñar... los dientes; de donde te puedan pedir... huir; afianzar... la puerta, y sacar la cara... por una ventana.

JOAQUÍN.—Con ese tampoco se puede contar. *(Salen a escena por segunda izquierda* NATALIA *y* OSCAR. *Van hacia la puerta del foro y hablan muy animadamente sin darse cuenta, hasta que se indica, de que no están solos.)*

NATALIA.—Hay que buscar algo menos visto que los mantones de Manila. ¿Por qué no hacemos una velada versallesca? Usted y yo estudiaríamos un minué.

OSCAR.—Se hará lo que usted mande.

NATALIA.—Así quiero verle, Oscar: obediente, razonable.

OSCAR.—Y resignado. ¿Hasta cuándo, Natalia?

NATALIA. *(Reparando en los otros personajes.)*—¡Chis! *(Viene a primer término.)* Buenas tardes, papá. Tío, te presento a Oscar Robert.

GABRIEL. *(Dándole la mano a Oscar.)*—Favorecido.

OSCAR.—Favorecidísimo yo, mi general. *(A Joaquín.)* Buenas, señor Vergara.

JOAQUÍN.—Buenas tardes, Oscar.

GABRIEL.—Ya sé que es usted un asiduo amigo de mi sobrina.

OSCAR.—Diga usted asiduo servidor. Natalia y yo nos avenimos bien en el baile, y ella me utiliza para lucirse, como una cantante utilizaría al pianista que la acompañase. No paso de ahí.

NATALIA.—No le hagas caso. Yo soy quien le sirve de pretexto para divertirse. Para Oscar, como para tantos, divertirse es la única cuestión.

GABRIEL.—Me ha parecido entender que organizaban ustedes una fiesta.

OSCAR.—Sí; una fiesta de caridad.

GABRIEL.—¿A beneficio de quién?

OSCAR.—¡Caramba! Es verdad. ¡No habíamos pensado en eso!

NATALIA.—De las colonias escolares, por ejemplo.

OSCAR.—De las colonias escolares... ¿No sería preferible a beneficio de alguna institución local? Muchos van a decir que no les interesan esas colonias.

NATALIA. *(Al quite.)*—Déjeme a mí eso, Oscar. Yo decidiré.

OSCAR.—Ya no tengo opinión. Yo, en hablando Natalia, , tengo opinión.

NATALIA.—Ahora, se puede usted ir.

OSCAR.—Pues me voy. Ni opinión, ni libertad. Adiós, señor ergara. *(Saludo.)* Mi general, a sus órdenes... con permiso , Natalia.

GABRIEL.—A las suyas quedo.

NATALIA. *(Acompañando a Oscar hasta la puerta del foro.)* o ha dicho usted más que tonterías. Ande, ande.

OSCAR.—Pero...

NATALIA.—¡Ande!

OSCAR.—A los pies de usted. *(Mutis.)*

NATALIA.—Es un infeliz, como habréis visto. *(Mutis por se-unda izquierda.)*

GABRIEL.—¡Estamos lucidos, Joaquín! ¡No se concibe una ente peor preparada para el infortunio! ¡Y a esto me has amado! Claro es que los acogeré, que os acogeré a todos en ii modestia. Pero ¿eso resolverá algo?

JOAQUÍN.—No lo sé.

GABRIEL.—Esto, creerías tú que era haber fundado un ho-ar, creado una familia...

JOAQUÍN.—¡No me mortifiques! Por muy severamente que ne juzgues, más duro es mi juicio propio. ¡Me desprecio, me vergüenzo de mi mismo! ¿Quieres más? Pues no se trate nás esa cuestión. Te he llamado por ellos, por si quieres hacer on ellos una obra de caridad. No te he llamado para que sa-isfagas tus viejos odios humillándome ahora. Si se tratase le mí, de mí sólo, puedes estar seguro de que nunca recurri-ía a ti.

GABRIEL.—¡Qué pequeño eres y qué poco me conoces! *(Sale ı escena* MARIANO.*)*

MARIANO. *(Por el foro.)*—¡Gracias a Dios que le encuentro ı usted, hombre! Estábamos jugando al escondite. *(Al ver el gesto de Joaquín.)* ¿Qué significa esto? ¿Va a ser verdad lo que acaban de decirme?

JOAQUÍN.—En ninguna de las operaciones he comprometido nuestra firma social. Tu parte está a salvo.

MARIANO.—Contaba con ello.

GABRIEL.—Y queda usted tranquilo.

MARIANO. *(Ofendido.)*—¡Quedo en situación de poder lu-char para evitar la ruina de su cuñado de usted!

GABRIEL.—Eso es otra cosa.

MARIANO.—Y le salvaré, si hay medio humano. *(A Joaquín.)* ¡Hala! Vamos al despacho. ¡A exponerme la situación!

JOAQUÍN.—¡No quiero!

MARIANO.—¿Cómo que no quiere?

GABRIEL.—¿Estás loco?

JOAQUÍN.—¿Buscando, investigando, siguiéndoles el ras a las mercaderías, a las cantidades? ¡No! Lo prohibo. ¡Mi vi es mía!

MARIANO.—¡Suya! ¡Qué más quisiera usted!

JOAQUÍN.—¡Quemaré mis libros!

MARIANO.—Usted sabe que no puede hacer eso. ¡Usted no un estafador!

JOAQUÍN.—Yo no soportaré el examen de mi pasado. Es co descuartizarle a uno vivo. ¡No lo soportaré!

GABRIEL.—Tú, como todos, sufrirás lo que venga. *(A Mriano.)* Estoy a su lado de usted, amigo mío. Haremos p salvarle, aunque no quiera. *(Vienen* CLARA *y* NATALIA.*)*

CLARA.—Tío Gabriel, ya me marcho. Es la hora de dar comida a mi hijita, y eso lo presencio yo todas las veces. M has prometido ir a mi casa a conocerla. Quiero que veas cón no estoy orgullosa sin motivo.

GABRIEL.—Nos harás el favor de esperar. Y tú, Natali llama a tu madre y a tu hermano.

NATALIA.—¿Qué sucede?

GABRIEL.—Lo vais a saber todos en seguida. Llámales.

NATALIA. *(Asustada.)*—Voy. *(Mutis.)*

MARIANO. *(A Clara.)*—Aquí quien nos hace falta es su ma rido de usted.

CLARA.—Mi marido... salió hace unas horas de viaje.

GABRIEL.—¡Ah! ¡Ha salido!

JOAQUÍN.—¡Qué casualidad!

CLARA.—No hay tal casualidad. Pablo viaja mucho.

MARIANO.—Le llamará usted por teléfono.

GABRIEL.—No. ¿Para qué? Cumple su quinto mandamiento "De donde puedan pedir..., huir."

JOAQUÍN.—Yo me voy a retirar.

GABRIEL.—¡Tú, esperas!

JOAQUÍN.—Es este momento, sólo este momento, el que qui siera evitarme.

GABRIEL.—Llegaría después. *(Vienen* PILAR, NATALIA *y* PEPE.*)*

PILAR.—¿De qué se trata? *(Yendo alarmada junto a él.)* ¿Estás enfermo, Joaquín?

JOAQUÍN.—No; enfermo, no. Estos te dirán.

GABRIEL.—Los negocios de tu marido pasan por un momento difícil... peligroso.

PILAR.—¡Ah... vamos! ¡Lo de siempre! Todos los cambios estación, cuando es necesario ir a las modistas o preparar veraneo, los negocios de mi marido pasan por un momento ícil.

MARIANO.—¡No quiere usted creerlo!

PILAR.—No; no quiero creerlo y no lo creo.

JOAQUÍN. *(A Gabriel.)*—¿Lo ves? ¡Yo no pueda estar aquí! *utis por primera izquierda.)*

NATALIA.—¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Noreda no sabe men-! ¡Dios mío! *(Se retira a un lado; se sentará anonadada, en misma, hasta que se indica.)*

PEPE. *(Estupor.)*—¿La... ruina?

MARIANO.—La ruina, sí. *(Pepe queda como quien ve visios.)*

PILAR. *(Que ha mirado a unos y a otros, con otra voz, con o gesto, revelando una majestuosa serenidad.)*—¡La ruina! esperaba, pero no tan pronto... ¡y ya está aquí!

MARIANO.—Tal vez no sea la ruina total. Nos defenderemos, ñora.

CLARA.—¡No te apures, mamá! Tienes mi casa.

GABRIEL.—Antes... la mía.

PILAR. *(Sencilla, pero solemne.)*—Sí. Ahora, que cada uno mpla con su deber. El vuestro *(Por Clara y Gabriel.)*, amrarnos; el de usted, Noreda, defender a su protector; el estro *(A Pepe y Natalia.)*, disponeros a hacerle cara a la sgracia..., y el mío, estar junto a ese pobre hombre, de mi ñor y dueño, que ahora será sólo mío, únicamente mío, pore ya viejo, y pobre, y humillado, ¿quién lo va a querer más e yo? Que cada uno procure salvar lo suyo en el desastre. voy a rescatar lo que me corresponde: ¡el marido! *(Mutis r primera izquierda.)*

MARIANO.—Ahora, a nosotros nos toca. Veamos. *(A Clara.)* No puede usted hacer venir a su marido?

CLARA.—De momento, no. Salió en automóvil. ¿Cómo me y a comunicar con él?

MARIANO.—¿Y adónde va?

CLARA.—Creo que a Francia.

MARIANO. *(Con ironía.)*—Cree usted que a Francia...

CLARA. *(Enojada.)*—Me anunció que esta noche me hablará r teléfono desde San Sebastián y me dirá si sigue a Francia no. ¿Qué más voy a saber?

GABRIEL.—Ella tiene razón.

CLARA.—A mi casa voy, a esperar que llame, y cuando llame diré lo que sucede y volveré aquí.

MARIANO.—En cuanto a usted...

CLARA.—Una mujer casada nada puede decir.

GABRIEL.—¡Y menos, casada con tal marido!

CLARA.—No quiero saber los malos pensamientos de tod ¡Qué fácil es pensar mal! Adiós. *(Mutis por el foro.)*

MARIANO.—Vamos a ver, tú, Pepe. ¿Qué se puede esper de ti?

PEPE.—¿De mí? ¿Qué voy a hacer yo?

GABRIEL.—Déjele usted. El pobre no es más que abogado.

PEPE.—¡Déjeme usted y que me dejen todos! ¡Pobre! I repente, pobre. ¡No hay derecho, señor; no hay derecho! ¿Q va a suceder ahora? ¿A qué me veré obligado?

GABRIEL.—Es muy posible que te veas obligado a trabaja

PEPE.—No ha sucedido la desgracia y ya empiezan en propia casa a burlarse de mí. Pues no me conocéis. ¡Os aseg ro que no me conocéis!

MARIANO.—No se trata de eso. Lo inmediato ahora es inte tar algún remedio, parar el golpe, si hay modo. Para ell todos debemos ayudarnos.

PEPE.—Yo no sirvo para nada; yo soy completamente inút Y el que, en un caso así, no sirve para nada, sólo puede hac una cosa. Adiós. *(Mutis por la escalera.)*

GABRIEL.—No irá a pegarse un tiro esa criatura.

MARIANO.—¡Quiá! Está asustado.

GABRIEL.—Pues precisamente por eso. Voy con él. *(Mut por la escalera.)*

MARIANO. *(Llegándose cerca de ella.)*—Natalia...

NATALIA. *(Saliendo de su ensimismamiento.)*—¡Ah! Nos ha dejado solos. ¿Qué quiere usted de mí?

MARIANO.—Por de pronto, su presencia de ánimo. Si a tant puede usted llegar, su fortaleza.

NATALIA.—Cuente usted con que la tuviese. ¿Para qué?

MARIANO.—A todos nos ha de exigir algún esfuerzo la s tuación.

NATALIA.—No pienso regatear el mío.

MARIANO. *(Que no confía en ella.)*—Pronto estarán a prue ba esos buenos propósitos. Ante todo, no hay que desespera En el comercio, como en el mar, no se debe desesperar mien tras se respira. La salvación puede llegar en el momento má angustioso.

NATALIA.—No tengo ninguna esperanza. Mi padre est arruinado completamente.

MARIANO.—¿Por qué lo asegura usted? ¿Tiene usted algú dato?

NATALIA.—Uno, infalible. *(Con intención.)* ¿No ha oído sted hablar de ciertas aves que le dan al hombre lecciones e arquitectura? Cuando ellas, después de haberlo intentado, esisten de hacer su nido en una torre... la torre está ruinosa : se derrumba sin remedio.

MARIANO. *(Que no quiere entender.)*—¿Qué? ¿Oscar Ro-ert... acaso... se retrae ya?

NATALIA. *(Exasperada, al ver que Mariano no ha recogido a alusión.)*—¿Por qué me nombra usted a Oscar Robert? ¡Dé-eme usted en paz! Estas son cosas mías.

MARIANO.—Usted empezó.

NATALIA. *(Con rabia.)*—¡Inoportunamente, insensatamente! Y me arrepiento! ¡Y me duele! En estos instantes no he de-ido pensar en mí misma.

MARIANO.—Hay otro problema más urgente.

NATALIA.—Esa es la realidad.

MARIANO.—Y puesto que ha venido usted a la realidad, es-cuche lo que le voy a decir. Yo soy ahora, estrictamente, el hombre de negocios que utiliza, para salvar un negocio, todos os elementos, todos los resortes. Uno de ellos, el resorte sen-timental.

NATALIA.—¡Sentimentalismo en los negocios!

MARIANO.—¡Ya lo creo! El corazón... de los demás puede ser un instrumento eficacísimo, si lo maneja un buen comer-ciante.

NATALIA.—¡Qué... odioso es usted!

MARIANO.—De momento, no importa. Lo que importa es po-ner al servicio de nuestra causa toda su ternura, Natalia; toda su fuerza sugestiva de mujer: todo el amor que pueda usted sentir... y expresar. No se desoriente. Se trata de su amor de hija. Tiene usted que convencer a su padre para que se entregue a mí y me confiese lo que haya hecho, sea lo que fuere.

NATALIA.—Se lo pediré de modo que no pueda negármelo.

MARIANO.—Mucho temo que prefiera hundirse, a declarar ciertas... negociaciones.

NATALIA.—¿Que es necesario, indispensable, que usted co-nozca?

MARIANO.—Indispensable. ¿Cómo voy a atacar el mal sin conocerlo?

NATALIA. *(Que duda un segundo.)*—¡Júreme usted por su honor que se propone nuestro bien!

MARIANO. *(Inapelable.)*—¡Por mi honor, Natalia!

NATALIA.—Lo haré. *(Sale a escena el criado* JULIÁN.)

JULIÁN.—Don Oscar Robert.

NATALIA.—¿Oscar?

MARIANO.—Pásele en seguida. *(Mutis Julián.)*

NATALIA.—Pero...

MARIANO.—¡Serénese! ¡Muéstrese tranquila!... ¡Pronto! *(Sale a escena* OSCAR.*)*

OSCAR.—Acabo de oir una noticia...

MARIANO.—Y ha corrido usted para decirle a Natalia que si la noticia fuese cierta, no influiría lo más mínimo en sus sentimientos de usted, en su actitud. ¿No es eso?

OSCAR.—Si usted me lo permite, me explicaré yo.

MARIANO. *(Exagerando el ademán un poco, con intención.)*—¡Ah! ¡Me había equivocado!

NATALIA.—¡Déjele hablar a él!

OSCAR. *(Cogido en la trampa.)*—No se ha equivocado usted. Pero me parece que me tocaba a mí decirlo.

NATALIA.—Naturalmente.

MARIANO.—¿Qué más da? Le felicito, amigo Robert. No es usted como esas aves que desisten de hacer su nido en las torres ruinosas.

NATALIA.—Le ruego a usted...

MARIANO. *(Dominando, avieso, la situación.)*—Permítame usted, Natalia. Yo, como socio de su padre de usted, he tomado a mi cargo evitar que sus enemigos y competidores lo hundan. Para eso, los amigos de la importancia de Robert son los primeros auxiliares.

NATALIA. *(Alarmada.)*—¿Qué va usted a pedirle?

OSCAR. *(A la defensiva.)*—En siendo cosa que yo pueda...

NATALIA. *(Digna, orgullosa.)*—¡Nada!

MARIANO.—Que desmienta por ahí la noticia; que siga frecuentando esta casa; que contribuya con sus palabras y con sus actos a desvanecer el pánico... injustificado de los acreedores. ¡Nada más!

OSCAR. *(Aliviado.)*—Lo que es eso... ¡con mucho gusto!

MARIANO.—¿No suelen ustedes jugar al "tennis" algunas mañanas en el jardín?

OSCAR.—Sí, con frecuencia.

MARIANO.—Pues mañana viene usted en su automóvil, que dejará a la puerta.

NATALIA.—No venga.

OSCAR.—¡Si no me cuesta ningún trabajo! Vendré. Y ahora voy al club, y aseguraré que cuanto se dice de su padre es un infundio. Hasta mañana, Natalia. Adiós, Noreda.

MARIANO. *(Acompañándole hasta la puerta.)*—Adiós, nuestro buen amigo, amigo de veras...

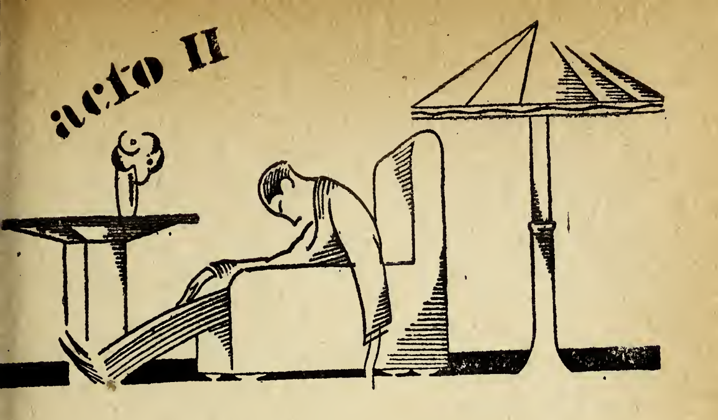
OSCAR.—Puede usted asegurarlo. *(A Natalia.)* Adiós. *(Mutis Pausa. Han quedado, Natalia, en primer término, y Noreda, junto a la puerta del foro.)*

NATALIA. *(Después de un momento de estupor.)*—Pero... por qué obra usted así? ¿Por qué?..

MARIANO.—Ahora no podemos pensar en nosotros mismos. No somos el problema. Vaya usted a hacer lo que le he dicho. Obedezca usted! *(Natalia baja la cabeza y va a hacer mutis por primera izquierda.)* ¡Así!

TELÓN





La misma decoración. De día.

(En escena Pepe. *Está en un sillón, los codos en las rodillas y el rostro entre las manos, tan abstraído que no oye llegar a* Natalia. *Esta sale a escena por segunda izquierda.)*

Natalia.—Pepe. *(Tocándole en el hombro.)* Pepe.

Pepe. *(Desabrido.)*—¡Ah! ¿Eres tú? ¿Qué quieres? ¡Déjame en paz!

Natalia.—¿Piensas pasarte el día así? ¿Es eso todo lo que se te ocurre?

Pepe.—No he dormido en toda la noche. No he dormido ni un minuto. ¡Estoy atolondrado!

Natalia.—Yo tampoco he podido dormir y estoy despejadísima. Me parece que acabo de despertar de todos mis sueños.

Pepe.—A mí este golpe no ha debido sorprenderme. Lo que hay es que no quiere uno ver las cosas hasta que están encima.

Natalia.—¿Qué sabías tú?

Pepe.—No te lo debo decir. ¡Son cosas de hombres!

Natalia.—Hacer y deshacer fortunas; traernos a las mujeres la felicidad • la desgracia sin nuestra intervención, sin

que sepamos nada..., ¡son cosas de hombres! Algunas muj res van contra esas leyes y hacen bien.

PEPE.—Vosotros, mamá y tú, no sois de ésas. Vivíais en u ambiente falso.

NATALIA.—Nosotras. ¿Pues y tú?

PEPE.—Yo vivía en vuestro mundo unas horas, y otras e sus antípodas. Yo iba a todas parte... y ¡claro! me enterab de todo.

NATALIA.—¿Y qué sabías? ¡Dime lo que sea!

PEPE. *(Marcando las evasivas.)*—Que nuestro padre andab muy metido en asuntos de cierta índole...; que esos malo asuntos le exigían más dinero cada vez y para tenerlo, hací jugadas de bolsa, se comprometía en empresas equívocas.. En fin, que hacía locuras, y además de locuras, como ya n es joven, el ridículo. ¡Cosas de hombres, Natalia!...

NATALIA.—¿Y por qué no nos advertiste?

PEPE.—¿Yo? ¿Iba yo a traer a casa el infierno? *(Confesándolo con rubor.)* Además, a mí, callando, me iba bien.

NATALIA. *(Con amargura.)*—¡Cosas de hombres!

PEPE. *(Defendiéndose.)*—Clara y su marido sabían tanto como yo y callaban también. Es que ninguno temíamos que peligrase la fortuna. Nuestro padre hacía operaciones magníficas. Y el caso es que en una de ellas...

NATALIA.—¿Todo se perdió?

PEPE.—Todo se perdió. Nos hemos quedado en la calle, en la miseria.

NATALIA.—¿A tanto llega el desastre?

PEPE.—A tanto. Pronto tendremos que salir de aquí. No nos queda nada. ¿Y ahora? ¿Qué vamos a hacer ahora?

NATALIA.—¡Y lo preguntas tú, que eres un hombre!

PEPE.—Desplazado, sin medios.

NATALIA.—¡Tu título!

PEPE.—Mi título me puede servir para ganar menos de lo que nos costaba sostener un automóvil... ¡Y eso trabajando!

NATALIA.—Es natural.

PEPE.—¿Natural? A ti te parecerá natural; a mí, no. ¡Vaya, que no! ¡Que no me someto a semejante mezquindad!... ¡Antes cualquier cosa!

NATALIA. *(Con intención.)*—Yo tampoco me someto. ¡Yo tampoco aceptaré la pobreza... y el trabajo! ¡Antes cualquier cosa!

PEPE.—¿Eh? ¿Qué dices? ¡Tú eres una mujer!

NATALIA.—¿Y qué?

PEPE.—No es lo mismo.

NATALIA.—¡Ah, vamos! El derecho a perder la vergüenza es una de vuestras cosas de hombres.

PEPE.—Tú puedes resolver tu problema. A ti te sigue pretendiendo Oscar Robert. Ahora que habrás de modificar los proedimientos. Ya no puedes reírte de tus adoradores. Eso del amor para ti ha dejado de ser una broma y se ha convertido en el único asunto de tu vida.

NATALIA.—En una humillación, si todos los hombres piensan como tú.

PEPE.—Oscar me parece un infeliz. Lo mejor para hacerte feliz. *(Sale a escena, por el foro,* MARIANO.*)*

MARIANO.—Buenos días, Natalia.

NATALIA.—¡Buenos!

MARIANO.—¡Hola, Pepe! Buscándote vengo. ¿Quieres ir a los Bancos y preguntar si son conformes estos saldos de cuenta corriente?... *(Queriéndole dar un papel.)*

PEPE.—¡A la calle!... ¡Yo no salgo a la calle hoy!

MARIANO.—¿Estás... acatarrado?

NATALIA.—Está hecho una lástima.

MARIANO.—Se trata de una averiguación necesaria que yo no puedo hacer y que no debe confiarse a extraños. Había pensado en ti; pero, bien mirado, tampoco sirves. Al verte tan niño no te darían la contestación.

NATALIA.—Deme usted esa nota. Yo iré.

PEPE. *(Apoderándose del papel.)*—¡Venga! ¡Voy allá! ¡Y en mi coche! No saldré a pie... ¡hasta que no tenga otro remedio!

MARIANO.—¡Muy bien! Aférrate al coche, defiéndelo, pon toda tu voluntad en conservarlo, ¡en no ir a pie!..., y puede que te salves en el coche como en un esquife.

PEPE.—Creo que he comprendido. Hasta luego. *(Mutis.)*

NATALIA.—Ya puede decirme lo que sea. Supongo que ha alejado usted a mi hermano para eso.

MARIANO.—Y supone usted bien. Me parece que es usted la única persona con quien se puede hablar en esta casa.

NATALIA.—A pesar de que ahora sólo se trata de negocios.

MARIANO.—A pesar de eso, con usted únicamente se puede tratar aquí.

NATALIA.—Seguramente no pensaba usted eso antes.

MARIANO.—¡Siempre! A mí, Natalia, no me engañó ni un solo momento su aparente frivolidad. *(A un gesto de ella.)* No hablo en tono de censura. Dado el vivir de usted eso era

lo elegante, lo espiritual..., aunque a mí no me hiciese chispa de gracia. Por eso entonces no nos podíamos entender, y ahora, desbaratado el artificio, nos entendemos perfectamente.

NATALIA. *(Molesta.)*—Pues... desbaratado el artificio. Hábleme sin rodeos. ¿Ha examinado usted los libros de mi padre? ¿Es desesperada la situación?

MARIANO.—Mi lema es no desesperar nunca. Mi lema es: a mayor dificultad, mayor esfuerzo.

NATALIA.—No trate usted de prepararme para la mala noticia. Lo estoy. Sé que hemos caído en la indigencia y que pronto, mañana mismo tal vez, tendremos que salir de esta casa sin llevarnos más de ese miserable equipo de vagabundos que respeta la ley.

MARIANO.—Es prudente ponerse en lo peor.

NATALIA.—No lo ha desmentido...! luego eso es lo que sucede.

MARIANO.—Me veo obligado a decirle... que, por desgracia, piensa usted bastante de acuerdo con la realidad.

NATALIA. *(Estoica.)*—Vida nueva. No será tan mala. Las cosas no tienen nunca aquellas proporciones que les atribuye la imaginación. Pensamos: "Si me sucediese tal desgracia no la podría resistir, me moriría..." Y la desgracia llega y se sufre y se vive.

MARIANO.—La adversidad, a veces, va más lejos de lo que imaginamos.

NATALIA.—¿Más? ¿Qué puede haber más?

MARIANO.—Siempre puede haber más.

NATALIA.—Diga usted lo que sea. ¡Y de una vez! Ir clavando poco a poco no es compasión, es crueldad.

MARIANO.—Voy a decirlo: he venido a decirlo porque es necesario que lo sepa usted. El pasivo no es tan grande como yo temía. Claro es que, pagando, no quedará nada; pero con ese nada nos podíamos conformar. Lo que complica la situación es un incidente enojosísimo... y feo. A su padre de usted le fueron entregadas, en depósito, para que gestionase su venta, varias joyas de mucho valor, y esas joyas...

NATALIA.—¿Qué?

MARIANO.—No aparecen... ¡No están!

NATALIA.—¿No... están?

MARIANO.—No.

NATALIA.—¿Qué sospecha usted? ¿De quién sospecha usted?

MARIANO.—De nadie. No va el daño por ahí. Esto no toma-

¡ el cariz de un drama policial. Nadie ha robado esas joyas. s su padre de usted quien ha dispuesto de ellas empeñándo-s. ¡Así sea!... Vendiéndolas... ¡Así no sea!... O regalándo-ls... Así es lo más probable.

NATALIA.—Regalándolas ¿a quien?

MARIANO.—Como a última hora estaba ya desatinado, como ianejaba tantos miles, pensaría que le iba a ser fácil repo-er el valor de tasación y... En fin, Natalia, es necesario que u padre de usted nos diga inmediatamente dónde diablos es-án esas alhajas, por si las podemos rescatar. En otro caso...

NATALIA.—En otro caso ¿qué?

MARIANO.—Si los dueños insisten en denunciar el hecho ven-iría el procesamiento, la detención.

NATALIA. *(Vacila.)*—¡La... detención!...

MARIANO.—¡Natalia!...

NATALIA. *(Rehaciéndose.)*—Ya pasó, ya pasó el momento.

MARIANO. *(En son de disculpa.)*—¿A quién iba yo a recu-rrir?

NATALIA.—A mí. No tenía usted otro remedio.

MARIANO.—Su padre se obstina en no recibirme.

NATALIA.—Y a mi madre no se le puede decir esto. Mi her-mana Clara ha tomado una actitud... pasiva... ¡Soy yo quien tiene que afrontar la situación! ¡A mí me toca lo más duro de la jornada!

MARIANO.—¡Y a mí! ¿Cree usted que no sufro al hacerla a usted sufrir?

NATALIA.—Bien, sí, a los dos.

MARIANO.—Y tenemos que llegar hasta el fin; hay que sos-tener en pie esta casa.

NATALIA.—¿Cómo?

MARIANO.—Obedézcame usted sin replicar. Vaya usted y arránquele a su padre la... dolorosa coonfesión. ¡Animo! Yo aquí espero. *(Sale a escena, por el foro,* CLARA.)

CLARA.—A escape vengo. He tenido con Pablo una segunda conferencia. Para usted me ha dicho que procure ganar tiempo.

MARIANO.—¿Y qué más?

CLARA.—Le conté en dos palabras lo que sucede y no le sorprendió la noticia. Era cosa que se veía venir.

MARIANO.—Por los que estaban aquí y podían observar. ¡Si yo hubiese venido con más frecuencia!...

NATALIA.—Cúlpese de eso a sí mismo.

MARIANO.—¡Qué sé yo!... ¿Qué más dice su marido?

CLARA. *(Se advertirá que omite lo más importante.)*—Pues...

que regresará en cuanto pueda; que acaso pueda hoy mismo que a todo trance procure usted ganar tiempo.

MARIANO.—¿Y de su capital, de su crédito, si fuesen nece sarios?

CLARA.—Que... resolverá en cuanto llegue.

NATALIA.—En cuanto llegue... tarde.

CLARA.—¿Qué estás pensando tú?

NATALIA.—¡Nada! Veo lo que va sucediendo y nada más.

CLARA.—Las conferencias telefónicas son muy breves; sin embargo, yo a mi marido le dije...

NATALIA.—¡No quiero saber lo que le dijiste ni lo que te contestó! Tengo algo mucho más interesante que hacer. *(Mu tis por primera izquierda.)*

CLARA.—Pero... oye... *(Puesto que Natalia no está ya, a Mariano.)* ¡No tiene razón! ¡Comprenda usted que no tiene razón!...

MARIANO.—A mí me parece que todo el mundo tiene razón. Ahora que las razones de unos son opuestas a las razones de otros y chocan, y de ese choque resulta la lucha de los hombres sobre la tierra. Caín obró muy convencido de que tenía razón. No lo dude usted.

CLARA.—¿Por qué me nombra usted a Caín? ¿Qué puedo hacer yo? No soy dueña de nada; no me es permitido disponer de nada. Mi marido me ha dicho: "¿Qué adelantaríamos hundiéndonos nosotros también? ¿No será mejor que quede alguien a salvo para que sea el amparo de los demás?"

MARIANO. *(Convencido.)*—Es un punto de vista.

CLARA.—No lo sé. Yo sólo sé que, en cuanto a mí, todos los reproches son injustos. Yo quiero a mis padres, a mis hermanos, a mi marido..., y sobre todo, ¡quiero a mi hija!, cuyo porvenir debo asegurar. ¿Qué se puede exigir de mí? Yo no tengo derecho más que a cumplir la ley de la mujer casada: querer y sufrir... y llorar.

MARIANO.—Compórtese como mujer y todo le será perdonado. *(Sale a escena, por el foro,* GABRIEL.*)*

GABRIEL.—De tu casa vengo, Clara.

CLARA.—Pues casi acabo de salir.

GABRIEL.—Sí, eso me dijeron. Pasaba por allí y he subido por si tenías alguna noticia.

CLARA.—No; ninguna de importancia.

GABRIEL.—Si no trajera prisa me hubiese quedado. Me ha tenido la breve visita tu pequeña. ¡Qué gloria de criatura!

CLARA. *(Transfigurándose, iluminándosele el rostro.)*—¿Verdad que es muy hermosa?

GABRIEL.—¡Es una maravilla! Cuando ríe está en su risa toda la alegría del mundo.

CLARA.—¿Verdad que sí?

GABRIEL.—¡Y tanto! Como que es una lástima que sea hija de un usurero. Nunca me he podido explicar que los usureros tengan hijos.

CLARA.—¡Vaya por Dios!

GABRIEL.—O si llegan a tenerlos, que no se los coman.

CLARA.—¡Tío Gabriel!

GABRIEL.—Tu marido es un usurero.

CLARA.—Un financiero.

GABRIEL.—¡Si me lo ha explicado él! Oye una de sus máximas: "La regla del buen vivir ¿qué regla es?... La regla de interés."

CLARA.—Estaría de broma.

GABRIEL.—Otro aforismo: "El cuarenta por ciento es tipo honesto... siendo a interés compuesto."

CLARA.—Cuando él venga he de decirle que le atribuyes esas cosas.

GABRIEL.—No viene. "De donde te puedan pedir..., ¡huir!"...

CLARA.—Tienes muy mala lengua, tío Gabriel. Desahógate con Noreda. Yo voy al lado de mi madre. Tengo que tratar con ella un asunto de interés.

GABRIEL.—¿De interés? ¿Tú también, sobrina?

CLARA.—Mira... ¡Déjame en paz! *(Mutis por segunda izquierda.)*

GABRIEL.—Eso hacía falta. Si no se llega a ir le endilgo otro refrán.

MARIANO.—Yo también lo deseaba. ¿Qué? ¿Ha visto usted a esos señores? ¿Ha conseguido usted algo?

GABRIEL.—¡Nada! Exigen las joyas o su estimación, y como no quieren ir a las contingencias de una quiebra, denunciarán hoy mismo. He ofrecido mi firma y la rechazaron. Mi nombre, que podría responder de un tratado de paz, carece de eficacia mercantil.

MARIANO. *(Pensativo.)*—Y denunciarán hoy mismo.

GABRIEL.—Eso dicen.

MARIANO.—Pues bien: yo garantizo esa cantidad.

GABRIEL.—¿Usted? ¿Sabe usted en cuánto están estimadas las joyas?

MARIANO.—Lo sé.

GABRIEL.—¡Se quedaría usted sin el capital que ha conseguido a fuerza de trabajo!

MARIANO.—Quien ganó eso, otro tanto ganará.

GABRIEL.—Aun suponiendo que se fuese usted a casar co Natalia, ese rasgo es incomprensible.

MARIANO.—Si me fuese a casar con Natalia no obraría c este modo, mi general. Acaso discurriese como el marido c la otra: "Nada se adelantaría hundiéndonos todos. Es conv niente que alguien quede a salvo para que luego ampare los demás." Ese hombre tiene razón. Pero yo no voy casarme, no voy a fundar un hogar, no voy a tener una hij muy hermosa cuyo interés se imponga a todo lo demás...; y no tengo ni afectos ni deberes que lo contradigan y pued arruinarme libremente. Vaya usted, mi general, vaya ustec

GABRIEL.—Comprenderá usted que estoy en el caso de acep tar su ofrecimiento.

MARIANO.—Pues ande y comprométame pronto. No haga e diablo que me vaya a arrepentir.

GABRIEL.—¿Cómo? Si no es firme su propósito... *(Sale a es cena* NATALIA.)

MARIANO.—¡Silencio!

NATALIA. *(Por primera izquierda.)*—No he conseguido nada ¡No quiere hablar! Le he dicho lo que le amenaza y se ha encogido de hombros. Después se ha puesto a... simular que escribía sin atenderme. ¿Qué hacemos? ¿Qué va a suceder?

MARIANO.—No se apure, Natalia. Creo que hemos conseguido una tregua.

NATALIA.—¿Esperan?

MARIANO.—Confío en que esperen. ¿No piensa usted lo mismo, mi general?

GABRIEL.—Yo tengo que meditar un poco todavía. No me gusta resolver de plano ninguna cuestión.

MARIANO.—Puesto que es usted quien lleva esas negociaciones, me permito indicarle que no conviene demorarlas. Si usted no quiere, iré yo.

GABRIEL.—¡Ya lo haré si me parece! ¡Déjeme usted respirar!

NATALIA.—No os entiendo.

GABRIEL.—Eso es precisamente lo que me pasa a mí. *(Sale a escena* OSCAR.)

OSCAR. *(Por el foro.)*—Buenos días, señores. *(Va dándoles la mano.)* Natalia.

NATALIA. *(Ambigua.)*—Buenos días, Oscar.

OSCAR.—Mi general...

GABRIEL.—Tanto gusto.

OSCAR.—Noreda...

MARIANO.—¿Ha dejado usted su coche a la puerta?

OSCAR.—Como usted me dijo.

MARIANO.—¡Así se obra!

OSCAR.—Además, anoche estuve en los Círculos y afirmé ue estoy bien informado: que no se trata de una quiebra, ino de una suspensión de pagos momentánea; que no tenían os acreedores razón alguna para desconfiar. *(Petulante.)* Y reo haber producido algún efecto.

MARIANO.—¿Quién lo duda?

NATALIA.—Gracias, Oscar.

MARIANO. *(A Gabriel.)*—El que se alejara el señor Robert, ntes tan asiduo a esta casa, sí que haría daño. Pero, como e usted, el comportamiento de este buen amigo es admirable.

OSCAR.—Es el que me corresponde, sencillamente.

MARIANO.—Mi general; no demore la gestión consabida. Una tregua! ¡Es necesaria una tregua para que todo se ueda arreglar!

GABRIEL. *(A Oscar.)*—Yo, que estoy habituado a mandar, omprendo que cuando es otro el que desarrolla un plan, es o mejor obedecer. Adiós, señor Robert. *(Al pasar para el nutis a Mariano.)* Es usted todo un hombre. *(Mutis por el oro.)*

MARIANO.—Y ahora ustedes al jardín, a hacerse ver juntos. A que nadie pueda dudar! Amigo Robert: he tomado por mi uenta el desenlace de este conflicto, y con auxiliares tan disciplinados como el general, como Natalia y como usted, venceremos. Salgan al jardín, a pasear juntos, próximos a la verja, ¿comprende usted?, y charlando animadamente. ¿Eh? Me parece que no le encomiendo ninguna comisión enojosa.

OSCAR.—No, no. ¡Ni mucho menos! Natalia, estoy a su disposición.

NATALIA. *(Con intención.)*—Puesto que Noreda lleva la dirección y la responsabilidad de la dirección, digo lo que mi tío Gabriel: obedecer es lo mejor... *(Suena el timbre del teléfono. Natalia, que será el personaje que esté más cerca, acude al aparato.)* La casa del señor Vergara, sí... Diga... Sí; aquí está. No; no hay necesidad de que me dé usted el recado. Lo puede oír él mismo. *(Ofreciendo el auricular a Oscar.)* Es a usted a quien llaman. Su madre..., me parece.

OSCAR.—¡Ah! Con permiso. *(Al aparato.)* ¿Qué hay, mamá? Sí, con Oscar, con tu hijo. *(Azorándose por momentos.)* Pero... Es que... Tardaré poco... Bueno, bueno. Voy en seguida...

¡Que voy en seguida! ¡No te impacientes!... En el acto, sí... Hasta dentro de un momento. *(Deja el aparato. Está en u[n] brete. No sabe qué decir.)* Era mi madre. Un asunto urgen te... de la administración. Se le han presentado unos..., uno[s] colonos. Como ella no interviene nunca en nada...

NATALIA. *(Con intención.)*—En nada... ¡Pobre señora!

OSCAR.—Me dispensará usted.

NATALIA.—¡Desde luego!

OSCAR.—Mi madre es muy nerviosa, muy... temerosa, y e[n] cuanto tiene una preocupación...

MARIANO.—¡Verá peligros en todas partes!

OSCAR.—Me violenta, créame, Natalia, me violenta que a las primeras de cambio..., quiero decir que en esta ocasión...

NATALIA. *(Digna.)*—No se esfuerce. Está comprendido. ¡Váyase ya!

OSCAR.—Los asuntos de administración... Pero usted me perdona, ¿verdad?

NATALIA.—¡Me está usted poniendo a mí tan nerviosa como a su madre! ¡Márchese, por Dios!

OSCAR. *(Hecho un lío.)*—Encantado. Digo, hasta la vista, Noreda. Adiós, Natalia... ¡Si viese usted cuánto lo siento!... Que se mejore su padre de usted. Es decir... Bueno ¡Adiós!... *(Mutis.)*

NATALIA.—¿Para qué ha hecho usted esto, Mariano? ¿Para qué me ha creado una situación tan difícil, tan... desconcertante?...

MARIANO.—La madre va a oponerse furiosamente. Está visto; pero él me parece que está enamorado. Ahora a usted le toca vencer a su futura suegra, reducirla.

NATALIA.—¿Ese es su consejo?

MARIANO.—Leal. Debe usted casarse con Oscar Robert. Está enamorado de usted y es millonario.

NATALIA.—¡No hay en el mundo para mí más hombre que Oscar Robert!

MARIANO.—Otro millonario muy difícilmente aparecerá. Y un hombre sin fortuna no llegará a aventurarse.

NATALIA. *(Ingenua.)*—¿Por qué no?

MARIANO.—Por... que no.

NATALIA.—Eso no es razonar.

MARIANO.—¿Quiere saber cómo pensará ante usted, ante la idea de casarse con usted, un hombre sin fortuna?

NATALIA. *(Interesantísima.)*—Me gustaría conocer sus ideas y sus motivos, sí.

MARIANO.—Pensaría: "La he conocido en un medio del que
i amor la haría descender. ¿Se resignará?"
NATALIA.—El primer pensamiento, una ofensa.
MARIANO.—Doy por supuesto que se resignaría. Tanto peor.
NATALIA.—¿Peor?
MARIANO.—Peor, porque al verla mal vestida, tal vez mar-
hitada su belleza por quehaceres rudos y penosos, hasta por
rivaciones de lo más necesario..., me sentiría humillado, in-
igno de ella, pues así la rebajaba mi penuria, y esta humi-
lación de tal modo amargaría mi existencia, que cuanto más
a quisiera, mayor sería mi padecer.
NATALIA.—¿Nada más?
MARIANO.—Pensaría: "Yo cuento con mi trabajo solamente."
NATALIA.—¡Solamente!
MARIANO.—Yo cuento con mi trabajo solamente. ¿Y si en-
fermo? ¿Y si enferma ella? ¿Y si necesita remedios que mi
pobreza no le puede proporcionar?...
NATALIA.—¿Nada más?
MARIANO.—Pensaría, en fin, triste, pero serenamente. "Nin-
gún ser de la creación se arriesga al amor sin tener asegurada
la subsistencia de los que puedan venir. Sólo el hombre es ca-
paz de esa locura...", y pensaría... en resumen: "No tiene de-
recho a una mujer quien sólo puede invitarla al padecer y a
la obscuridad."
NATALIA.—Ya he oído bastante. Ahora meditaré si debo seguir o no su leal consejo y casarme con Oscar Robert. Creo, en efecto, que si me lo propongo de nada le valdría a la madre de Oscar la oposición más obstinada. *(Con ironía.)* Es muy probable que me decida por ese camino. ¿Qué voy a hacer? *(Con ira ya.)* Ese hombre sin fortuna de los pensamientos que usted acaba de exponerme, no merecería que yo, por pertenecerle, abrazase una vida de trabajos y de humildad. No lo merecería puesto que había llegado a tal extremo de cobardía, que después de haberse fijado en una mujer y pensado en ella, se la cedía al otro, al rico, como hace siglos se la hubiese cedido al señor feudal, con una resignación y una mansedumbre... de villano. *(Mutis. Viene* PILAR, *que se cruza con* NATALIA *por segunda izquierda.)*
PILAR.—Va llorando. No tengo que preguntarle a usted qué novedades hay. Ha debido usted decírmelas a mí directamente. Habrá advertido que no me puede el infortunio.
MARIANO.—Eso se lo hará usted creer a los demás ¡A mí, no!
PILAR.—¿Va usted a quitarme la máscara?

MARIANO.—¿Para qué?... Ya sé que la lleva, y admiro co cuánta dignidad.

PILAR.—En eso puede usted ser mi maestro.

MARIANO.—¿Qué es lo que yo escondo, señora? Dígamelo u ted.

PILAR.—¿Para qué?..., como dijo usted antes. Todo ha c llegar, y cuando los dos nos quitemos nuestros antifaces, va mos a ser muy buenos amigos. Entretanto, sigamos su fars cada cual. Dígame ahora: ¿Se perdió todo?

MARIANO.—Todo y más que todo. Ese "más" se está reso viendo en estos instantes.

PILAR.—Lo de las joyas.

MARIANO.—Su antifaz de usted está a punto de caerse.

PILAR.—Es que me estorba ya. ¿Y si lo de las joyas no s resuelve de un modo satisfactorio?...

MARIANO.—El castigo de su marido de usted sería más qu la ruina; perdería más que el dinero...

PILAR.—La libertad.

MARIANO.—Irremediablemente.

PILAR.—Yo lo remediaré.

MARIANO.—¿Cómo?

PILAR.—Quitándome la máscara, amigo Noreda. ¿No estaba ya a punto de caerse?

MARIANO.—¡Ahora sí que se la ha puesto usted para mí. *(Viene* PEPE.)

PEPE. *(Entregando a Mariano un papel.)*—Aquí está esto. Todos los saldos eran conformes.

MARIANO.—Bien: has despachado pronto.

PEPE.—Como fuí en auto...

PILAR.—¿Has ido en automóvil hoy?

MARIANO.—Por mi consejo. Conviene seguir dando una sensación de solvencia.

PEPE.—Pues no ha servido de nada. Muchas personas que me conocen me han mirado como si no me conociesen. Y al coche... como si lo acabase de robar. Unos amigos, unos camaradas, a quienes encontré en uno de los Bancos, me han saludado con ese gesto de piedad, con esa prisa—lo más breve posible el contacto de las manos—con que se saluda a los enfermos que nos pueden contagiar.

PILAR.—Primera lección.

PEPE.—Lo que más me indigna es descubrir que yo, sin dinero, no soy nadie.

MARIANO.—Como hasta ahora tú no has sido más que un co-

que hace ruido y un traje de moda que se mueve, las gentes se preguntarán si había algo dentro.

PEPE.—¿Y qué había?

MARIANO.—Busca, busca... Búscate.

PEPE.—No soy nadie. Me conozco a mí mismo.

MARIANO.—¡Quién pudiera decir otro tanto! Yo ando tras averiguar cómo soy y no tengo de mí mismo la menor idea. ...ariano Noreda y yo somos dos desconocidos.

PILAR.—Que nunca se pondrán de acuerdo. *(Sale a escena ...ara.)*

CLARA.—Es mi hora, mamá. Hoy me toca comprobar el au...ento de peso y he de hacerlo por mí misma.

MARIANO.—Cría usted a su hija siguiendo un régimen.

CLARA.—Con todo rigor. Me dijeron al casarme que matri...onio significa oficio de madre y he procurado aprenderlo. Ni ...enso en otra cosa ni tengo otra ocupación.

MARIANO. *(Irónico.)*—Respetemos tan sagradas obligaciones. ...ada generación se forma y vive a costa de la generación que precede. Esa es la ley. Cumple usted la ley... Ya le daremos usted noticias de lo que aquí sucede... para que se las trans...ita a su marido..., a quien dirá usted que no se apresure a ...enir.

PILAR. *(Interviniendo.)*—Pepe, acompaña a tu hermana. ...levaos el coche.

PEPE.—Para seguir dando la sensación.

PILAR.—Para que no llegue tarde Clara y para hacer saber todos que su madre, única que puede juzgarla, no piensa mal. *(La besa.)*

CLARA.—Adiós, mamá. Señor Noreda... hasta la vista. Va...os, Pepe.

PEPE.—Vamos. *(Mutis por el foro los dos.)*

PILAR.—Le hace a usted perder el tino lo apurado de la si...uación. A mis dos hijas les ha dicho usted cosas desagrada...bles.

MARIANO.—De nadie me hago entender.

PILAR.—Sencillamente porque tampoco dice usted lo que siente.

MARIANO.—¿Para qué? Las ideas de un hombre son siempre útiles a los demás. Por eso debe expresarlas. El que se calla una idea roba a sus semejantes. Los sentimientos pueden ser provechosos o nocivos. Lo más cuerdo es callarlos y obrar sin hacerles traición. *(Suena el teléfono. Mariano habla al aparato.)* ¿Quién? ¡Ah! ¿Es usted, mi general?... ¡Pero si la fir-

ma social no está comprometida!... ¿Y se han negado así, tundamente?... ¡Pues estamos perdidos!... ¿Al Juzgado?... ¡Y

PILAR. *(Al comprender lo que significan las palabras Mariano va a primera izquierda y llama.)*—¡Joaquín! ¡Joaquín! *(Pilar desaparece durante unos instantes.)*

MARIANO. *(Al aparato.)*—Pero, ¿de dónde vamos a sacar dinero?... ¡Imposible! Sí, creo que, sobre todo, hay un col valiosísimo. *(Salen a escena* PILAR *y* JOAQUÍN. *Mariano, que gue al aparato, no los ve. Al aparato.)* En tan pocas horas no puedo hacer el milagro de reunir tanto dinero... ¡Irá a cárcel! Nosotros hemos hecho cuanto podíamos... ¡Claro, c ro!... A lo imposible no está obligado nadie... Sí, venga ust Conviene que estemos a su lado cuando llegue el momen Hasta en seguida, mi general. *(Deja el aparato, y al volve ve a Joaquín.)*

PILAR. *(A Joaquín.)*—¿Has oído?

JOAQUÍN *(Con fría serenidad.)*—¿Qué dicen?

MARIANO.—Conceden un plazo de horas para que deposit mos el valor de esas joyas, y en caso contrario...

JOAQUÍN.—Me llevarán a la cárcel.

MARIANO. *(Consternado.)*—Eso es.

JOAQUÍN.—Bien; pues iré a la cárcel.

MARIANO.—¿Y no hablará usted?

JOAQUÍN.—No.

MARIANO.—¡Vea que nosotros no podemos hacer más!

JOAQUÍN.—Ya lo sé.

MARIANO.—Pues irá usted a la cárcel. ¡Es increíble!

PILAR.—¡No irás! *(A Mariano.)* Corra usted a decir a es señores que antes de media hora tendrán a su disposición e dinero.

MARIANO.—¿Usted?... ¡Pero... de dónde! Ofrecer algo q no pueda cumplirse sería peor.

PILAR.—¡Se cumplirá! Usted vaya, no pierda un minuto.

MARIANO.—¡Ni un segundo!... *(Solos Joaquín y Pilar. U silencio.)*

PILAR.—Te agradezco mucho, marido, este último rasgo. Po no hablar, por no confesar lo que tú suponías que ignoraba y sola; esto es, por mí, ¡únicamente por mí!, estabas dispuest a dejarte encarcelar en una prisión... Si no cariño, esa deci sión significa tanto respeto a tu mujer que casi te redime d todo lo demás.

JOAQUÍN. *(Exteriorizando una gran decepción.)*—¡Ah!.. ¡Sabías!

PILAR.—Y callaba.

JOAQUÍN.—Sabías... y callabas. Sabías y callabas... porque lo iba bien.

PILAR.—En eso aciertas. Si tu última especulación no fra- sa, seríamos tan ricos como hace unos años.

JOAQUÍN.—Más, mucho más.

PILAR.—Tú habrías entregado lo que sería una cantidad sin portancia, el precio de esas joyas, y no hubieses dado en iebra, y yo... seguiría callando, tú lo has dicho, porque todo ı bien.

JOAQUÍN.—Sencillamente: mientras el dinero corriese en undancia...

PILAR.—Ni tu... "entretenida" se fugaría después de ha- rte robado, ni tu mujer legítima se vería en la necesidad de blar para salvarte. En uno y otro caso, cada una procede- os conforme a nuestra condición.

JOAQUÍN.—Si no hubieses sabido antes, si todo lo hubieses scubierto ahora, yo caería avergonzado de rodillas y te pe- ría perdón; pero si sabías y callabas..., era verdad lo que e decían mis recelos: que mi origen inferior, mi educación ferior, mi plebeye... acabaron por hacerte odioso al... cha- arilero, como tu hermano me llemó, y así te aislabas de mí, era yo un extraño, cuyas acciones no te interesaban y a iien nada había que decirle mientras el dinero corriese en oundancia y todo fuese bien. ¿Esta era la verdad? Pues mira, éjame salir de mi casa para ir a la cárcel, porque en la cár- l me voy a encontrar mejor...

PILAR.—Desde hace quince años vengo sabiendo y callando. uando supe por primera vez, sufrí mucho. ¡Nos habíamos ısado queriéndonos tanto! ¡Nuestros hijos eran tan hermo- os!... ¡Sostuve con mi dolor una batalla espantosa! La ofensa e pedía rencor... y venganza *(A un estremecimiento de Joa- uín)*; pero te defendieron eficazmente mi amor... y mi deber.

JOAQUÍN—Y tu indiferencia.

PILAR.—Ahora verás cómo. Una insana curiosidad empezó mortificarme. ¿Qué méritos? ¿Qué gracias tendría ella? Cuánto valdría más que yo? Pude fácilmente comprobarlo. Nos vestía la misma modista y me di maña para que nos en- ontrásemos un día en su salón. Esto fué hace quince años. Yo o había empezado a padecer. Aquella... perdida era menos ermosa que yo. Y fué entonces mi orgullo el más fiel aliado e tu honor. Me propuse vencerla, derrotar, espantar a la in- rusa, que me estaba robando lo mío. Mis encantos y mi ino- ente coquetería triunfaron finalmente. La dejaste. Yo te hice

feliz una vez más, y tú no te dabas cuenta de que aquel fest[illegible] de nuestros amores era... que celebrábamos mi victoria.

JOAQUÍN.—Lo recuerdo.

PILAR.—Pero al poco tiempo volviste al engaño.

JOAQUÍN. *(Contrito.)*—Volví. Es verdad.

PILAR.—Yo había gustado el placer del triunfo, te quería, y volví a luchar. A esta segunda pecadora la dejaste también. Así, en este juego, aunque en cada jugada yo me dejase [illegible] haz de fibras del corazón, perdiéndote y recuperándote, defe[illegible]diendo tenazmente mi felicidad, he vivido diez años, Joaquín. ¡Mientras pude!

JOAQUÍN.—¿Y por qué callabas? ¿Por qué? ¿No ves aho[illegible] tu error?

PILAR.—Cada vez tenía la seguridad de reconquistarte pa[illegible] siempre. Si hablaba cuando éramos felices, era destruir la f[illegible]licidad; si hablaba cuando tú eras traidor, era hacer impos[illegible]ble el remedio. *(Pausa.)* Hace cinco años que... sostienes a [illegible] misma mujer. En cuanto lo supe quise, igual que a las otra[illegible] conocerla; ver cómo era esta nueva rival. A esta la vi en [illegible] Plaza de Toros. Aproveché uno de esos momentos en que tod[illegible] las miradas, toda la atención de la muchedumbre, están fij[illegible] en el ruedo. Miré a mi enemiga; mis gemelos de prismas m[illegible] la mostraban tan cerca que me parecía poderla tocar. Llevab[illegible] mantilla de madroños, claveles. Es una morena muy hermosa[illegible] morenez gitana, facciones puras..., ojazos negros... *(Pausa.)* Dejé de mirarla, y en el espejillo de mi monedero, busqué m[illegible] imagen propia... ¡Ya no! ¡Ya no! ¡Ya no podía yo lucha[illegible] Tenía ya canas, no brillaban mis ojos, se había marchitado m[illegible] belleza. ¡Se había consumido a fuerza de haberte amado tan[illegible]to!... ¡Ya era yo una ruina!... Cuando atronó la plaza u[illegible] aplauso clamoroso de la multitud entusiasmada... ¡yo me es[illegible]taba muriendo!...

JOAQUÍN.—Yo podía replicarte. ¡Podía! Pero ahora no s[illegible] Es una suma de reproches menudos, de espinas, de sonrojo[illegible] de casi imperceptibles humillaciones... ¡Déjame ir a la cár[illegible]cel, que allí estaré mejor!

PILAR.—No irás. Desde que me di cuenta de que derrochaba el dinero con tus queridas calculé lo que iba a suceder, lo qu[illegible] ha sucedido, y empecé a ahorrar calladamente, secretament[illegible] Tú no me ponías tasa; no podías, te faltaba autoridad mora[illegible] y me juzgabas desordenada, manirrota. ¡Pero si no veías t[illegible] hogar!... Llevo quince años guardando, guardando. Era e[illegible] pan de mis hijos; la seguridad de que mis hijos no conocería[illegible] la miseria. ¡No lo ha querido Dios! *(Dejando sobre la mes[illegible]*

as llaves e iniciando el mutis.) Toma. En la caja de seguridad, donde tú creías que guardaba yo mis brillantes, además mis brillantes está todo lo que reuní. Hay bastante para e no te encarcelen. Líbrate y... ¡que la Misericordia divina s ampare a todos después!... *(Pilar hace mutis por segunda quierda. Joaquín, abrumado, no se atreve a mirarla.)*

TELÓN





Gabinete de confianza, muy lindo y alegre, en casa de Clara. Al fondo, mirador; a la izquierda, dos puertas, y a la derecha, una. Cerca del mirador, costurero y una mesita, sobre la que habrá crenolinas, cintas, telas, cascos y demás fornimento para la confección de sombreros de señora. En sus perchas, de pie, tres o cuatro sombreros, concluídos. Sobre una silla, o en el suelo, una caja de las que usan las modistas para entregar. Hay un cesto para los retales y trapos inservibles. A la derecha, en primer término, velador y juego de butacas o diván. Es una habitación "de estar", muy acogedora. Cojines, tapices de colorines sobre fondo blanco; modernidad, primores. Durante una mañana de sol.

(En escena NATALIA, *quien, sentada ante el costurero, le da los últimos toques a una confección. Natalia trabaja canturreando una tonadilla en boga. Sale a escena, por segunda izquierda,* GABRIEL.*)*

GABRIEL.—Buenos días, sobrina.

NATALIA. *(Sin dejar su labor.)*—Buenos días. *(Sigue cosiendo y cantando.)*

GABRIEL. *(Después de contemplar uno a uno los sombreros acabados.)*—¿Desde qué hora trabajas?

NATALIA.—Desde muy tempranito. Todos esos sombreros y este que tengo entre manos deben ser entregados esta misma mañana, porque sus dueñas los han de lucir en una fiesta que

se celebra esta tarde. Esta tarde se "lanzarán" en esa fiesta las nuevas formas que ves. ¿Te gustan?

GABRIEL.—Yo no soy voto de calidad; pero me gustan. ¡Ya lo creo!

NATALIA. *(En su labor.)*—Son sencillos, verdaderamente; pero en su misma sencillez tienen la dificultad. La gracia de un sombrero o de un vestido es como la gracia de una sonrisa: la tiene o no.

GABRIEL.—La verdad, sobrina, me ha sorprendido que poseas esta rara habilidad.

NATALIA. *(Complacida.)*—Todo el mundo, menos mi madre y mi hermana, naturalmente, ignoraba que nuestros sombreros los hacía yo. ¡Huy!... Si nuestras amistades llegan a descubrir que aquellos "dernier cri" eran caseros... los hubiesen encontrado cursis. *(Pausa.)* En nuestros viajes por Francia yo me orientaba; compraba géneros... y luego, secretamente, trabajaba. ¡Es que le tengo a esto una gran afición!... Y no lo hago mal. Mis amigas bebían los vientos por averiguar las señas de mi sombrerera en París... *(Sale a escena, por segunda izquierda,* PILAR.)

PILAR.—Ahí tienes a la aprendiza de madame.

NATALIA.—Madame es puntual en mandar por la obra; pero yo también lo soy en concluirla. *(Se pone en pie y se prueba el sombrero en que trabaja.)* ¿Qué te parece, mamá?

PILAR.—Precioso.

GABRIEL.—Ahora, puesto, se ve lo bien que está.

NATALIA.—Airosillo. *(Se lo quita, lo coloca en la caja; toma otro y se lo pone.)* A mí me gusta más éste. Es más salado. Verás. *(Haciendo un mohín de maniquí.)* ¿Eh?

GABRIEL.—¡Elegantísimo!

PILAR.—¡Y tan nuevo!

NATALIA.—Ahora, que es necesario saberlo llevar.

GABRIEL.—¡Como tú!

NATALIA. *(Quitándoselo y colocándolo en la caja.)*—Es para Norita Gisbert... ¡No sospechará Norita qué "oficiala" lo ha confeccionado! Creerá que es el consabido modelo de París llegado hoy mismo. Madame se lo venderá por tal modelo y Dios sabe lo que le cobrará pr él.

GABRIEL.—¡Un dineral vale!

NATALIA. *(Mientras se quita el sombrero y lo coloca en la caja.)*—¿Estás acostumbrado a pagar sombreros tú?

GABRIEL.—Entonces estaban más baratos.

PILAR. *(Que ha tomado un sombrero.)*—A mí éste me parece más vistoso.

NATALIA. *(Tomándolo y probándoselo.)*—Este... Fijaos en . De mucha novedad... pero un poco atrevido. Madame no ie ha dicho para quién es.

GABRIEL.—¡Ya!

NATALIA. *(Colocando en la caja este último sombrero.)*—En n, ya me gané hoy un bonito salario. ¡Me pagan esto muy ien!... *(Cierra la caja.)* Y en cuanto me establezca, va a ser na mina. Sí, señor, mi general: una mina estas manos... ue se me van a estropear un poco las pobrecillas... Pero qué importa?...

GABRIEL. *(Incrédulo.)*—¿Te vas a establecer?

PILAR.—Así parece.

NATALIA. *(Muy jovial.)*—Cuento con el capital necesario para instalar una tienda de lujo. "Natalia-Modas"... Ya verás. ¿Por qué pones esa cara?

GABRIEL.—Porque yo esperaba que sucediese otra cosa.

NATALIA. *(Sin asomo de tristeza.)*—Y yo también, y yo también.

GABRIEL.—Pero...

NATALIA. *(Evitando el tema.)*—Esto de hacer sombreros, modelos, es un arte, y yo soy una artista. Una artista no puede permanenecr ignorada; quiere el elogio, la nombradía, el triunfo... Es necesario que yo me dé a mí misma esa satisfacción. Natalia vive, Natalia es libre, Natalia se puede reír de los hombres... como antes. Natalia no se rinde; Natalia los castigará no permitiéndoles más que verla... y no conseguirla. ¡Natalia-Modas! *(Hace mutis, llevándose la caja.)*

GABRIEL.—Esto no lo entiendo.

PILAR.—Ella, ya lo ves, está contentísima.

GABRIEL.—¡Pues por eso!

PILAR.—Y yo también. Yo estoy tan contenta como nunca lo estuve.

GABRIEL.—¿Sabes que hoy se firma la liquidación final?

PILAR.—Sí.

GABRIEL.—¿Y conoces el resultado?

PILAR.—Lo supongo.

GABRIEL.—Se salvarán tus ahorros escasamente.

PILAR. Por perdidos los daba...

GABRIEL.—La renta que os van a producir es modestísima.

PILAR.—No la necesitaremos. Ya has oído a Natalia. Pronto viviremos otra vez por nuestra cuenta. No abusaremos de la hospitalidad de mi yerno.

GABRIEL.—En eso os aplaudo. Debéis salir de aquí cuanto

antes. Tu yerno, a pesar de su acción y de su nobleza, es un caribe.

PILAR.—Contigo está enojado porque no aceptaste una habitación aquí, en su casa.

GABRIEL.—¿Yo?

PILAR.—Dice que le has desairado yéndote a un hotel.

GABRIEL.—¡Palabras! Lo contrario es lo que siente. Tú no le conoces a ese avaro. Cada vez que os sentéis a la mesa le parecerá que le estáis mordiendo las entrañas.

PILAR.—Económico, sí es.

GABRIEL.—¿Ese? Si sufre cuando se afeita, porque ve en el espejo su imagen y dice que es cara.

PILAR.—Exageras. El, en cambio, habla de ti con la mayor simpatía.

GABRIEL.—No me fío. ¡No me fío de ese vampiro alevoso! Este último mes le di el encargo de que, por sus corresponsales, me cobrase en Madrid mi sueldo, y hasta que me lo entregó... estuve en ascuas.

PILAR.—Tiene fama de ser muy formal en sus negocios.

GABRIEL.—Pero usurero. ¿Te saluda y llevas un duro en el bolsillo?... Pues ya son suyos diez reales. Es su comisión de cortesía.

PILAR.—Calla... que llega él. *(Sale a escena* PABLO, *por la derecha.)*

PABLO.—Buenos días, mi general.

GABRIEL. *(A distancia y abrochándose.)*—Buenos días, Pablo.

PABLO.—¿Firman ustedes hoy eso?

GABRIEL.—Sí. Esperando que fuese la hora estaba.

PABLO.—Al fin, se sale menos mal.

PILAR.—Gracias a ti.

PABLO.—¡Bah! Yo no hice más que ir derechamente al objeto. Mientras estos señores andaban aturdidos, papando moscas, yo empecé a averiguar que esa mala pécora, la...

PILAR.—Concha la Grifos. Sabía su nombre.

PABLO.—Se había fugado. Y salí en su persecución.

GABRIEL.—La persecución y el encuentro creo que fueron episodios dramáticos.

PILAR.—¿Dónde diste con ella?

PABLO.—Lo primero fué saber qué dirección había tomado. Tardé poco. Cara al verano, las golondrinas vuelan hacia el Norte. Ella me llevaba ocho horas de delantera, y gracias a que se detuvo algunas en San Sebastián. Allí perdí algún tiempo en indagar el número del taxi en que viajaba. En cuanto supe este dato, salí a escape. Mi automóvil es de mu-

cho andar y, además, tengo hecho un seguro de accidentes tan beneficioso, que casi me conviene estrellarme. ¡A toda marcha! Por primera vez en mi vida corría yo detrás de una mujer. Mi lema es otro: Nunca corras detrás de las mujeres. Porque si se te escapan, ¿qué más quieres? Pero nos sucede lo más imprevisto. Yo seguía a una mujer. A pocos kilómetros de la frontera alcancé el coche de la fugitiva; lo pasé y atravesé el mío en la carretera, interceptándola. Imagine usted el momento. Alarmada la mujer, salta a tierra, me ve, me reconoce y se echa a temblar...

GABRIEL.—¡Naturalmente!

PABLO.—Le dije sólo una palabra.

GABRIEL.—La supongo.

PILAR.—¿Y opuso resistencia?

PABLO. *(Ambiguo.)*—No.

PILAR.—Menos mal.

PABLO.—En cuanto la apreté un poco el pescuezo entramos en negociaciones. Es buena chica.

PILAR.—Te dió las alhajas.

PABLO.—No. Las papeletas. Las alhajas las había empeñado.

PILAR.—¡Ah!

GABRIEL.—Entonces, el recuperarlas te ha costado un desembolso muy considerable.

PABLO.—Claro. Al empleado del Monte no le iba a apretar el pescuezo también.

GABRIEL.—Y ese dinero... ¿lo has perdido?

PABLO. *(Con indiferencia.)*—Un mal asunto.

GABRIEL.—No lo entiendo.

PABLO.—Pues bien claro está.

GABRIEL.—Es un rasgo hermoso. Choca esa mano. *(Se la da.)*

PABLO. *(Con indiferencia.)*—Bueno. ¡Ah! Y me permito recordarle que en mi casa tiene usted un pequeño descubierto de dos cincuenta.

GABRIEL.—¿Eh?

PABLO.—Por la negociación de su remesa de fondos y gastos de correo. Le cobro a usted mi comisión más barata, mi comisión de cortesía.

PILAR.—¿Por qué eres así?

GABRIEL.—Pero... ¿cómo es?

PABLO.—Si pierdes tu dinero en un asunto, rapiña y lo verás otra vez junto.

PILAR.—Es necesario reintegrarte esa cantidad.

PABLO.—Ya está cargada a la cuenta de pérdidas, y yo soy un comerciante formal, que no rectifica un asiento de sus

libros... *(Salen a escena, por segunda izquierda,* NATALIA *y* PEPE.)

PEPE. *(Que trae una carpeta con papeles.)*—Cuando uste quiera, tío Gabriel. Ya es la hora.

GABRIEL.—¿Está todo corriente?

PEPE. *(Hablando con aplomo, que contrastará con su indec sión en los otros actos.)*—Sí. Hay unos créditos a cuya liqu dación tengo que oponer pequeños reparos. Además, me ir teresa aclarar ciertas irregularidades en el procedimiento diligencias, costas causadas sin pertinencia, que nosotros n debemos pagar.

PABLO.—¿Que no debemos pagar?

PEPE.—Ese es mi dictamen.

PABLO.—Pues defiéndelo.

PEPE.—Lo defenderé hasta donde sea posible. No debo po ner en peligro, por una cuestión de costas, el asunto principal

PABLO.—Comprendo. No es cosa de naufragar estando y en las costas.

PEPE.—He intervenido en este asunto un poco tarde. Ante tuve que estudiar mucho. De todas maneras, aunque se vaya todo al fondo, salvaremos al capitán... *(Acariciando a Pilar.)* y a la capitana. Vamos, tío. *(Mutis.)*

GABRIEL. *(Mirando a Pablo.)*—Tú... desprendido... *(Mirando a Natalia, que se ha puesto a coser.)* Tú, trabajadora... *(Aludiendo a Pepe.)* Ese... estudioso... *(Mirando a Pilar.)* Y tú, dándote cuenta de lo que te rodea... ¡No os conozco a ninguno! *(Mutis.)*

PABLO.—Es simpático el general. *(A Natalia.)* A tratar contigo vine. Hay un entresuelo desalquilado cerca de aquí, en la Gran Vía. Sitio inmejorable. He ido a verlo, y es lo soñado para una tienda de modas. ¿Te decides?

PILAR.—Tú, de veras, ¿crees en el negocio?

PABLO.—¡Creo! Si no creyese, no me mezclaría en esta cuestión. Ayer mandé a un corresponsal mío, que estaba aquí de paso y a quien nadie conoce, a casa de Madame, a pedir precio de algunos de los sombreros hechos por Natalia y que yo había visto aquí. Le dijeron que eran modelos de Chivaux Chivet y le pidieron doscientas pesetas por cada uno. ¡No tengo que ver más! Eso es más que un negocio. ¡Eso es robar el dinero!

PILAR.—¿Qué ha de ser robar, hombre? ¿Es que el buen gusto, la inspiración, el arte no valen nada?

NATALIA.—Se paga la gracia, el acierto.

PABLO.—Conformes. No os asustéis. Es que yo le doy al

bo robar un sentido puramente mercantil, que no atañe a honorabilidad. Quien compra a una peseta y vende a veinte, ue siendo persona muy decente.

NATALIA.—¿Y es grande el local?

PABLO.—Espléndido. Si te decides, lo tomo hoy mismo, y entras tú haces un viaje a París, a compras y a tomar as, yo me encargo de la decoración del establecimiento. Las ndiciones ya las sabes: tú, socio industrial; yo, capitalista; las ganancias a medias.

PILAR.—Arriesgando tú el capital, las condiciones son aceples.

PABLO.—Bien entendido que si se casa, punto final; disolmos la sociedad, yo le pago en dinero su parte de ganancias, tan amigos.

NATALIA.—Y eso, ¿por qué?

PABLO.—El fin perseguido es que si te casas, lo hagas con pertad y no para resolver el problema. Pero hay que evitar e alguien pueda resolver el problema casándose contigo. En do caso, tendría aplicación otra de mis reglas de conducta:

> "El dinero invertido
> en cualquier trato con mujer casada
> es, por lo regular, una primada,
> en favor del marido."

NATALIA.—Si vieras, Pablo, que no acabo de decidirme...

PABLO.—Eso es otra cosa. Piénsalo bien; mira el pro y el ontra... *(Sale a escena la* DONCELLA.)

DONCELLA.—El señorito Oscar Robert.

PABLO.—¡Ah... vamos!...

NATALIA.—Dile que pase. *(Mutis de la Doncella.)*

PABLO.—Veo en peligro la razón social.

NATALIA.—¡Ya estoy cansada de equívocos! Dejadme sola on él.

PABLO.—No olvides que nada te obliga a resolver el problema.

NATALIA.—Dejadme. ¡Yo sé lo que hago!

PILAR.—De eso estoy yo segura. Vamos. *(Mutis.)*

PABLO. *(Cede el paso a Pilar para el mutis.)*

> "La mujer comerciante...
> o fea... o cuarenta años por delante." *(Mutis.)*

(Natalia se ha puesto a trabajar. Sale a escena OSCAR ROBERT *por la derecha.)*

OSCAR.—Buenos días, Natalia.

NATALIA. *(Durante toda la escena, solapada, capciosa.)* Buenos días, Oscar. Siéntese. Podemos charlar un rato.

OSCAR.—Siempre la encuentro a usted lo mismo: trabaj do, esclava de su labor.

NATALIA.—Antes me encontraba usted siempre dispuest divertirme.

OSCAR.—Hay mucha diferencia.

NATALIA.—Me parece que aprecia usted un contraste no existe. Porque a mí esto me divierte también. Es como juego. Me renueva la ilusión con que vestía a mis muñec *(Mirando el sombrero en que trabaja.)* ¿No parecerá una n ñequita la que se ponga este?

OSCAR.—Es usted una gran artista. El otro día, las Lloret llevaban dos sombreros que yo conocía de vérselos usted confeccionar. ¡Fueron un éxito! Las de Lloret, muy gullosas de lucirlos, dijeron que eran creaciones de Chiva Chivet... Yo, naturalmente, guardé silencio.

NATALIA.—Gracias, Oscar. Es usted uno de los pocos ar gos que me quedan.

OSCAR.—¡Y lo seré siempre! *(Se descalza los guantes, u de los que se dejará olvidado al hacer el mutis.)*

NATALIA.—Sin embargo... viene usted de raro en raro... a escondidas de su madre.

OSCAR. *(Que no tiene réplica.)*—Lo que es eso...

NATALIA. *(Cosiendo, sin darle importancia al hecho.)*—I me lo niegue. ¡Si yo me hago cargo de las cosas!...

OSCAR. *(Con la misma falta de disculpa que antes.)*—Pa una señora del criterio de mi madre... hay que reconocer que.

NATALIA. *(En tono trivial.)*—Es preferible que hablem claramente, Oscar. Para su madre de usted, yo, en la ruin no soy lo que era.

OSCAR.—La misma, sí. Lo que hay es que...

NATALÍA. *(Sencillamente.)*—Lo que hay es que, si para v nir a verme ha de guardarse de ella, es mejor que deje ust de venir.

OSCAR.—Eso, no, Natalia. Yo seguiré viniendo mientras u ted me lo permita.

NATALIA.—¿Para qué?

OSCAR.—Para verla a usted; para... *(No se atreve a má: se le corta el hilo.)* ¡Como no me deja usted explicarn nunca!...

NATALIA. *(Deja de coser, deja la labor, se quita el dedal.)*— Hoy me encuentra usted en vena de oirlo todo. Hable.

OSCAR. *(En un apuro.)*—¡Es lo mismo que le dije a usted ntas veces!

NATALIA.—¡A ver!... No recuerdo.

OSCAR. *(Soltándolo, al fin.)*—Que en el mundo sólo hay una ujer que me guste. ¡Usted!

NATALIA. *(Asegurándose, sonriente.)*—¿Y qué más?

OSCAR.—¿Qué más? ¡Que estoy loco por usted!

NATALIA.—Esto mismo me lo había usted dado a entender otras ocasiones; sí, señor. Pero nunca se expresó usted mo ahora... tan gráficamente.

OSCAR.—¡Como me ha salido! Pero ahora ya lo puedo repe-r de mil maneras: sueño con usted, me obsesiona usted... ne muero por usted!

NATALIA. *(Conteniéndole.)*—Ya, ya...

OSCAR.—¡Ya está dicho!

NATALIA. *(Observando el efecto de sus palabras, vigilándo-.)*—Pues bien, Oscar; le autorizo a usted para que hable a is padres y les pida mi mano.

OSCAR. *(En el mayor apuro.)*—Sí, claro. La consecuencia ebía ser eso. ¡Y mi propósito! Sino que... por ahora, es im-osible.

NATALIA. *(Engañosa.)*—No le exijo a usted que hoy mismo haga... *(Simulando un rubor que no siente.)* Es que de al-ún modo iba a decirle que sí.

OSCAR. *(Que empieza a explorar el terreno.)*—¡Me hace sted feliz, Natalia!... ¡Qué contento estoy!... Lo único triste quí es que, como yo a mi madre le debo el mayor respeto...

NATALIA.—Comprendldo, Oscar. Contra la voluntad de su nadre no se atreve usted a dar un paso.

OSCAR.—Sería muy grave. Ella no querría vivir con una uera...

NATALIA.—Inconveniente.

OSCAR.—El nombre es lo de menos. Lo positivo es que mi nadre, casado yo contra su gusto, no querría vivir a mi lado, que sola, a sus años, no la voy a dejar.

NATALIA.—Es una razón incontestable... Bien; pues espe-raremos. Yo sabré ganarme el corazón de esa buena señora.

OSCAR.—Con eso no cuente usted, Natalia. Mi madre es todo n carácter. No cederá.

NATALIA.—No cederá... *(Solapada.)* Pues... espereraremos ndefinidamente.

OSCAR.—¡Pero eso va a ser imposible! Indefinidamente, us-ted... en esta situación...

NATALIA.—No me resignaría, no.

OSCAR. *(Que ve sus cielos abiertos.)*—¡Ni yo lo podría co[n]sentir!...

NATALIA.—Yo tengo un plan.

OSCAR. *(Vehemente.)*—¿Sí? ¿Cuál es?

NATALIA.—Yo, puesto que conozco este oficio de los som[]breros, quiero establecerme, montar una tienda de modas [de] todo lujo.

OSCAR.—¡Estupendo plan! Una tienda de modas... de luj[o]. Un modo visible, ostensible, de vida... de lujo también.

NATALIA.—Con independencia económica.

OSCAR. *(Denunciándose.)*—¡Desde luego!

NATALIA. *(Que ya sabe a qué atenerse.)*—Así ya podre[]mos esperar indefinidamente.

OSCAR.—Esperar... andando. *(Creyendo que es pan comi[]do.)* ¡Eres insuperable!

NATALIA. *(Coqueta, alevosa.)*—Alto, alto... No se dispar[e] usted.

OSCAR.—¡Es que estoy muy contento!

NATALIA. *(Con ironía.)*—¡Y yo!

OSCAR.—Haber llegado a entendernos...

NATALIA.—Tan fácilmente.

OSCAR. *(Descubriendo sin eufemismo ya su tontería.)*—Mira chiquilla: para arreglar las cosas y no tener que hablar d[e] ello más que una vez...

NATALIA. *(A punto de saltar.)*—¿Qué?

OSCAR.—Digo que lo mejor es que yo te abra una cuenta corriente en un Banco.

NATALIA.—Y ya está hecho el negocio. *(Sin alterarse, con serena energía, va a segunda izquierda y llama.)* ¡Mamá! ¡Mamá!...

OSCAR.—No me explico...

NATALIA.—¡Si es para decírselo!

OSCAR.—¡Ah! ¿Pero es que ella...?

NATALIA. *(Sardónica.)*—¡Claro... hombre!... ¡Mamá! *(Viene* PILAR.)

PILAR.—¿Qué quieres, hija?

NATALIA.—Oscar... que se iba. Y como no volverá a pisar esta casa, me ha parecido que tú... le debías despedir.

PILAR. *(Que ha comprendido.)*—Con toda la cortesía que se merece... Sírvase salir.

OSCAR.—Señora, yo no hice más que...

PILAR.—¡Pronto!

OSCAR.—Se trata de dos señoras... A los pies de ustedes. *(Al mutis.)* ¡La carava! *(Mutis.)*

PILAR. *(Después de un silencio.)*—¿Qué te ha dicho?
NATALIA.—Eso.
PILAR.—¿Y no lloras?
NATALIA. *(Con grandeza.)*—No.
PILAR. *(Temiendo una crisis.)*—Llora, hija mía; llora.
NATALIA.—No. No debemos llorar. ¡No quiero llorar! ¿Qué gracia nueva me ha sucedido? ¡Ninguna! No le quise nunca a ese hombre; le desprecié siempre, me burlaba de él siempre, y acabo de saber que tenía razón. He visto el tremendo error que hubiese cometido si, siguiendo el consejo de tantos, cuando éramos ricas, llego a casarme con él. Mi instinto, al rechazarle, me libró de esa desgracia. ¿Y quieres que llore yo? ¡Que llore otra! La madre, la virtuosísima señora; que llore ella, porque tener un hijo así... como ese, ¡sí que es para llorar!... Y no hablemos más de ello. *(Va al costurero y coge el sombrero en que trabajaba.)* Mira: he pensado darle a este fieltro una forma un poco bohemia: unos bullones en la copa, así; el ala con unos canalones... así... Y la cinta, casi anudar... ¿Eh?
PILAR. *(Sobreponiéndose a una congoja.)*—Y estará muy airoso; sí, sí, muy airoso... Acábalo. *(Inicia el mutis.)*
NATALIA.—¿Te vas?
PILAR.—Tengo que hacer unas cosillas... En seguida vendré.
NATALIA. *(Poniéndose a trabajar.)*—Bien, bien... Adiós. *(Se abstrae en su trabajo.)*
PILAR. *(Al mutis, para sí.)*—¡Bendita seas!
NATALIA. *(Trabaja silenciosamente. Repara en el guante que dejó Oscar olvidado. Lo toma y lo contempla un momento con desdén.)*—No es el de don Juan. *(Tira el guante al cesto de los retales. Sigue trabajando. Canturrea. Vuelve* PEPE.*)*
PEPE. *(Por la derecha.)*—¿Todavía trabajas? Desde el ascensor he visto por la escalera a Oscar Robert. Iba descompuesto.
NATALIA.—¡Como que acabo de darle las calabazas definitivas... y no volverá.
PEPE.—¡Me alegro! Te lo iba a aconsejar; pero no me atrevía. ¡Me alegro! *(Sale a escena* CLARA.*)*
CLARA.—Te he visto venir. ¿Es que ha terminado eso ya?
PEPE.—Sí. La reunión ha sido cosa de minutos. No tenían nada admisible que oponer a mis conclusiones y las han aprobado. Allá se quedan firmando el convenio. Yo me he anticipado a traeros la noticia.
CLARA.—¿Qué ha resultado?
PEPE.—Hemos rehabilitado primeramente el nombre de nues-

tro padre, y después se han salvado los ahorros de mamá unos pocos miles de añadidura.

NATALIA.—¡Bien por nuestro abogado! Voy a decírse (*Llama.*) ¡Mamá! (*Desaparece unos momentos por segun izquierda.*)

CLARA.—Mi marido no se engaña. Me dijo una de sus "má mas": "No juzgues a un sujetoo sin verle en la ocasión... en el aprieto."

PEPE.—¿Sabes que me gusta mi carrera? Estudiando se pu de sacar partido. Además, le respetan a uno por lo que sal por lo que es. ¡No todo consistía en tener automóvil! (*Vu ven* PILAR *y* NATALIA.)

PILAR. (*Abrazando a Pepe.*)—¡Me estáis pagando muy g nerosamente, hijos míos!

PEPE.—Tenemos una madre muy buena. Pero tenemos padre mejor del mundo. ¡Ha sabido arruinarse a tiempo! espera unos años...

NATALIA.—Tal vez hubiesen sucedido cosas peores que ruina. ¡Bien está lo que manda Dios!... ¿Tienes que hac ahora, Pepe?

PEPE.—Ahora no.

NATALIA.—Pues acompáñame. Vamos a ver un local pa mi tienda. ¡No me loo vayan a quitar!...

PEPE.—A tus órdenes.

NATALIA.—Me pongo el sombrero en un instante. (*Mutis*

CLARA.—¿Se ha decidido?

PILAR.—Ya lo ves.

CLARA.—Pues yo, la verdad, creí que se casaba con Rober

PEPE.—¿Oscar Robert?... Es un pollo pera.

PILAR.—Con quien yo creí que se casaría es con Marian

PEPE.—Ese es un negociante. Hoy se va.

PILAR.—¿Se va?

PEPE.—Se va. Hoy mismo.

PILAR.—Otro desengaño. (*Vuelve* NATALIA.)

NATALIA.—En marcha.

CLARA.—¡Que bonito sombrero!

NATALIA.—¿Te gusta, eh? Me lo puse porque, como voy establecerme, es bueno ir haciendo la "réclame". Vamos, Pep

PEPE.—Andando. (*Mutis por la derecha.*)

NATALIA.—¿Es necesario el dinero? ¿Nada es posible si dinero? ¡Pues a ganar dinero! Los hombres... o le exigen una que tenga dinero... o se lo quieren dar. O quieren robar lo... o que se lo roben. Si así son los hombres de hoy..., ¿cóm

nos a ser las mujeres?... Pelo corto, ropa ligera, costum-
es despreocupadas, esperanza sólo en nosotras mismas...
Natalia.—Modas!"... *(Mutis.)*

CLARA.—Tiene razón.

PILAR.—Tú me buscabas para decirme algo, ¿verdad?

CLARA.—Sí, te buscaba.

PILAR.—¿Era cierto?

CLARA.—Sí, era cierto.

PILAR.—¿De modo que está en Bilbao esa mujer?

CLARA.—Desde hace unos días.

PILAR.—¿Qué haremos?

CLARA.—Mira: yo he echado por la calle de en medio: le he
cho a mi marido que esa mujer está aquí.

PILAR.—¿Y qué dice Pablo?

CLARA.—En cuanto se lo dije... ha salido.

PILAR.—Es una imprudencia. *(Ve a Joaquín.)* ¡Silencio!
ale a escena, por la derecha, JOAQUÍN.)

JOAQUÍN. *(Contraste con su actitud acobardada de los actos
teriores. Ahora muéstrase enérgico, sin jactancia ni dureza.
s un hombre que tiene su plan.)*—¡Ya se acabó el embrollo!

PILAR.—Tu nombre sale limpio.

JOAQUÍN.—Se ha pagado todo, hasta el último céntimo, y se
a demostrado mi absoluta honradez comercial. Los comer-
antes, como los guerreros, si el honor no se ha perdido en
derrota, podemos empezar otra vez.

PILAR.—Clara, me parece que he oído reír a tu niña. ¿La
an traído ya del paseo?

CLARA. *(Comprendiendo.)*—Y es la hora de darle su comi-
a. Voy allá. *(Mutis.)*

PILAR.—¿Empezar de nuevo es lo que te propones?

JOAQUÍN.—¿Podías dudarlo? Calculo que me quedan diez o
oce años de aptitud; los bastantes para rehacer mi fortuna.
Íoreda y yo seguimos asociados; claro está que en condicio-
es bien distintas. Yo ahora no aporto ningún capital.

PILAR.—¿Cómo que no? Con lo que se ha salvado ya tienes
na base. ¡Con menos empezaste la primera vez!

JOAQUÍN.—Eso es tuyo.

PILAR.—No lo he ganado yo, no es mío.

JOAQUÍN.—No lo quiero.

PILAR.—Ni yo.

JOAQUÍN.—No lo necesito.

PILAR.—Ni yo.

JOAQUÍN.—¿Ni tú?

PILAR.—Natalia se establece, ya lo sabes, y yo tengo mi

puesto en su negocio; ella estará en el obrador: yo atende
al público.

JOAQUÍN. *(Casi burlón.)*—¿Tú... venderás?

PILAR.—Como tú.

JOAQUÍN.—Está bien. Yo me voy con Noreda a Madrid. No quiero que en Bilbao me vean empezar de nuevo la lucha. A Bilbao..., o vuelvo millonario..., o no volveré.

PILAR.—Eres más orgulloso que yo.

JOAQUÍN.—¿Tienes algo que oponer?

PILAR.—No.

JOAQUÍN.—Después de lo ocurrido, separarnos me parece mejor.

PILAR.—No creí haberte ofendido tan gravemente para qu necesites estar lejos de mí.

JOAQUÍN. *(Afrontando la situación.)*—Sin reticencias, mu jer: tú no puedes perdonarme.

PILAR. *(Con poca firmeza.)*—Creo que no.

JOAQUÍN.—Ni tampoco admitir mis excusas.

PILAR.—¡Eso menos que nada!

JOAQUÍN.—Pues lo mejor es que vivamos separados.

PILAR. *(Enojada al fin.)*—Tú eres quien lo ha dicho. *(Ib a hacer mutis; pero se detiene al ver a Natalia y a Pep Vuelven* NATALIA *y* PEPE.)

NATALIA.—Está cerrado y hasta la tarde no lo podremo ver.

PEPE.—Por fuera parece un buen local.

NATALIA. *(Viniendo junto a Joaquín.)*—No me has dich nada. ¿Qué te parece mi resolución?

JOAQUÍN.—Más me gustaría verte casada; pero...

PEPE.—Cien veces está mejor así. Yo tampoco, mientra conserve el discernimiento, me casaré. *(Junto a Pilar.)*

PILAR.—¡Pero hijo mío!

PEPE.—¿Qué quieres? ¡Me da miedo!

NATALIA.—¡Hay tan pocos matrimonios felices! Generalmente, por culpa del marido.

PEPE.—La mujer, sin darse cuenta, por incomprensión, suele buscarse su desdicha. Los hombres tenemos muchos defectos. Es más tosca nuestra sensibilidad. Además, solemos ser puntillosos. Nos humilla cualquier observación.

NATALIA.—Las mujeres a veces pecamos por exceso. Las hay que, pues se lo aparta y lo absorbe, le toman odio a la profesión de su marido y hasta la menosprecian.

PEPE.—Yo, si me casara, trataría a mi mujer como a una

ñiña. No le tomaría en cuenta ese egoísmo de los niños que nunca ven la parte enojosa de la vida.

NATALIA.—Yo, si me casara, me llevaría este lema: perdonar, perdonar, perdonar...

PEPE. *(Pasando junto a Joaquín.)*—¿He dicho bien, padre?

NATALIA. *(Pasando junto a Pilar.)*—¿Estamos de acuerdo, mamá?

PILAR.—¡Hagan ustedes el favor de callar! *(Va junto a Joaquín.)* ¿Pero has visto qué par de monigotes? ¡Pues no han querido darnos una lección! *(Va a abrazarlo y duda.)*

JOAQUÍN. *(Acogiéndola.)*—¡Cosas de chicos, mujer! *(Natalia y Pepe en segundo término.)*

PEPE.—¡Has estado bien!

NATALIA.—¡Y tú eres un hacha!

PILAR.—¿Pero oyes?

JOAQUÍN. *(Alegre ya.)*—¡Cosas de chicos! *(Salen a escena, por la derecha,* GABRIEL *y* MARIANO.*)*

GABRIEL. *(Que trae la carpeta de los documentos. Desde el umbral.)*—Vea usted lo que yo le decía. Tengo una familia de insensatos. Se consumó la ruina. Se quedan hechos unos pobretones, y cuando espera uno encontrarlos en un mar de lágrimas, ¡están de fiestas!

MARIANO.—Cada uno es cada uno.

GABRIEL.—Bien, señores; aquí traigo los residuos, los valores que se han salvado. ¿A quién le entrego esto?

JOAQUÍN.—A ella.

PILAR.—A él.

GABRIEL.—¡A los dos! ¡Hala! A hacerse cargo.

PEPE.—Vamos al despacho. Quiero yo ver si está en regla todo. Vamos, madre.

PILAR.—Es el abogado. Hay que obedecer. *(Mutis.)*

PEPE.—Vamos, padre.

JOAQUÍN.—¡Es el abogado!... *(Mutis por primera izquierda. Lo sigue Pepe.)*

GABRIEL.—¡Voy a desentenderme de este lío... por fin! *(Mutis.)*

NATALIA.—¿Usted no tiene nada que hacer ahí?

MARIANO.—No. Yo vengo a despedirme.

NATALIA.—¿Se va usted hoy?

MARIANO.—Sí.

NATALIA. *(Disponiéndose a trabajar.)*—Pues buen viaje... y buena suerte.

MARIANO.—A usted la veo animosa. ¿Se establece por fin?

NATALIA.—Sí. Ya creo que tengo el local.

MARIANO.—¿Cosa resuelta?

NATALIA.—Resuelta.

MARIANO.—Y yo que le iba a proponer a usted un negocio

NATALIA.—¿Otro? No podré atender más que a uno.

MARIANO.—Yo le iba a proponer a usted que se casara conmigo.

NATALIA. *(Tras un instante de sorpresa. Con naturalidad.)* No me conviene. Sería un mal negocio. Su capital de usted es modesto. Yo, en pocos años, me propongo tener más. Esto *(Alude a los sombreros.)*, teniendo cierta habilidad, deja mucho. *(Con desdén.)* Más que esos trapicheos de usted con cosas viejas y apolilladas.

MARIANO.—Así, pues, no podemos tratar.

NATALIA.—No; de eso no.

MARIANO.—¡Ea, Natalia! Yo he venido a decirlo: usted sabe que yo la quiero.

NATALIA.—Eso depende del dinero que tenga usted: que tiene dinero, me quiere; que no tiene dinero, ya no me quiere; que vuelve a tener dinero, me vuelve a querer...

MARIANO.—¡Natalia!

NATALIA.—No. ¡Si a mí me sucede lo mismo! No teniendo dinero, no quiero a nadie. Como ahora no lo tengo... ¡no le quiero a usted!

MARIANO.—Ya estoy bien castigado, Natalia. Basta de bromas.

NATALIA. *(Seria.)*—Nada de bromas.

MARIANO.—Siempre he pensado en su bien de usted antes que en el mío.

NATALIA.—Lo reconozco y le quiero a usted...

MARIANO.—¡Natalia!

NATALIA.—Pero no para casarme. Yo ahora voy a trabajar... ¡Es inútil hablarme de otra cosa!

MARIANO.—Sea usted franca; dígame que quiere a otro.

NATALIA.—¡Eso no!

MARIANO.—¿Puedo esperar?

NATALIA.—¿A que yo tenga dinero?... No se lo aconsejo.

MARIANO.—Pero no me lo puede prohibir.

NATALIA.—Claro que no.

MARIANO.—Ese comercio de las modas deja mucso. Estoy seguro de que en un año dobla usted el capital. Ya verá usted el balance que le presenta su cuñado.

NATALIA.—Yo pienso trabajar con mucha ilusión...

MARIANO.—Pues trabaje con ilusión. Yo admiro y respeto... y hasta bendigo esa ilusión. *(Vienen* CLARA *y* PABLO.*)*

PABLO. *(Al ver a Mariano tan cerca de Natalia. A Clara.)*
‑tos ya... *(A Natalia.)* ¿Ya... os habéis entendido?

NATALIA. *(Burlona.)*—Sí; nos hemos entendido perfecta-
‑nte.

CLARA.—¡Que sea enhorabuena!

NATALIA.—Gracias.

PABLO. *(A Mariano.)*—¿De modo que...?

MARIANO.—Hemos hecho un pacto.

PABLO.—En ese caso tome usted sus cheques. ¡No me gusta
‑ner dinero que no es mío!

NATALIA.—¡Ah! ¿Pero es que...?

PABLO.—Yo no era más que un testaferro.

NATALIA.—¡Me había usted hecho caer en una trampa...
‑umillante!

MARIANO.—No quería que su situación desesperada la obli-
‑ase a casarse con el otro.

NATALIA.—El otro es despreciable, y usted... es un intri-
‑ante, un tirano... ¡Déjeme usted en paz!... *(Se aparta y se*
‑a a su trabajo.)

PABLO. *(A Clara.)*—Me parece que he hecho una tontería.

CLARA.—Sí.

PABLO.—Pues ahora verás. *(A Natalia.)* Pero como el ne-
‑ocio es un magnífico negocio, el capital lo pongo ahora yo.
‑Aceptas, Natalia?

NATALIA. *(En un arranque de amor propio.)*—Acepto.

PABLO.—Pues no hay más que hablar. *(Viene* PILAR.*)*

PILAR. *(A Pablo.)*—¿Qué hay de eso?

PABLO.—Ya está reexpedida la mercancía.

MARIANO.—Bien, señores; puesto que aquí no me queda
nada que hacer, me despido. Adiós, señora. *(Le da la mano.)*

PILAR.—Con la más profunda gratitud.

MARIANO.—Clara..., perdóneme. *(La mano.)*

CLARA.—Desde luego.

MARIANO.—Adiós, Pablo.

PABLO.—Yo tengo la culpa. Adiós.

MARIANO. *(Duda; pero al fin se dirige a Natalia.)*—Nata-
lia..., perdóneme usted también.

NATALIA. *(Dándole la mano.)*—No lo merece... *(Quedan*
mirándose asidas las manos.)

PILAR.—¡Hija mía! ¡No sueltes!...

NATALIA.—¿Qué he de soltar yo a este hombre? ¡Este es
para mí!

TELÓN



LA FARSA

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA 9. A -Sección de Publicaciones.

PASEO DE SAN VICENTE, 20. — MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

NUMEROS PUBLICADOS

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE de Berr y Verneuil, traducción de José Juan Cadenas y Enrique F Gutiérrez-Roig
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Vives
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche, música del maestro Rosillo
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero
6. ATOCHA, de Federico Oliver
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS! de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adaptación escénica de una novela de Miguel de la Cuesta.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Luis Fernández de Sevilla y Anselmo C. Carreño, música de los maestros Soutullo y Vert.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo)
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE O LAS VELEIDADES DE ELENA, de Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO!, de Armont y Gerbidón, versión castellana de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Guerrero.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON-MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.

LA PANTALLA

SEMANARIO ESPAÑOL DE CINEMATOGRAFIA

La verdadera guía de la cinematografía mundial. Informaciones y noticias de última hora.

20 CENTIMOS

EDITADO EN
RIVADENEYRA (S. A.)
PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID



Rivadeneyra (S. A.) Artes Gráficas.
Paseo de San Vicente, 20. Madrid.